

970/980
M.V.
10758

970/980
M.V.
10758

Cap 3: "México: un carousel
de rebeliones"

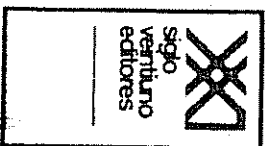
Práctico



LA REBELION PERMANENTE

Las revoluciones sociales en América Latina

por
FERNANDO MIREs



rededor de puertos y ciudades que nacen y mueren todos los días.

La independencia no sólo no resolvió las contradicciones de la sociedad colonial, sino que además creó otras derivadas del desarrollo, a veces violento, de un capitalismo que no podía ser sino dependiente.

Ahora bien, si hay un país en donde las contradicciones de la sociedad colonial se mantuvieron más abiertas que en otros, ése es México. Y si hay un país donde el capitalismo dependiente alcanzó un grado de desarrollo más violento que otros, ése es también México. Por lo tanto, si se tiene en cuenta esas premisas no hay por qué asombrarse de que en México, apenas se produjo una ruptura en su estructura política, hubiera tenido lugar una verdadera erupción social.

Durante muchos años, México sería escenario de múltiples luchas sociales. Burguesías emergentes en el comercio y la industria contra las oligarquías más tradicionales; nuevos profesionales que postulaban la modernización de la economía y de las instituciones, fascinados por el surgimiento de movimientos indígenas y campesinos atávicos que postulaban exactamente lo contrario: la restauración de las relaciones de producción precoloniales; liberales ingenuos; socialistas prematuros; anarquistas soñadores; bandoleros sin dios ni leyes ni patria; obreros; estudiantes; mujeres; en fin, toda la sociedad que de pronto era sacudida desde sus propios cimientos fue alterada. Ríos de sangre correrían por los campos y ciudades de México como consecuencia de esos múltiples y espeluznantes enfrentamientos que constituyen la revolución mexicana, la primera revolución social del siglo xx y una de las más apasionantes y apasionadas de la historia.

La revolución mexicana continúa siendo objeto de muchas discusiones y análisis. Y no hay de qué extrañarse, pues tal revolución es también una especie de síntesis de ese caleidoscopio de luchas sociales que es América Latina. La tragedia de un Madero, la enorme trascendencia de un Emiliano Zapata, la valentía de un Pancho Villa, la habilidad de un Carranza, el oportunismo de un Obregón, etc., son sólo algunos signos descifrados en un proceso todavía poblado de misteriosos y múltiples jeroglíficos.

EL MÉXICO DE PORFIRIO DÍAZ

La sociedad mexicana surgiría, pues, sobre la base de un conflicto no resuelto entre las aspiraciones de la mayoría de la

En todos los nuevos países de Hispanoamérica la revolución de independencia llevó al poder al sector más poderoso de la clase criolla: aquel vinculado a las actividades minera y agropecuaria. Por lo mismo, apenas desaparecieron las trabas jurídicas e institucionales que derivaban de la situación colonial, tales sectores iniciaron una verdadera recolonización "hacia dentro", apoderándose de nuevos territorios y destruyendo —en algunos lugares definitivamente— los restos de sociedades y culturas que habían logrado sobrevivir. De la misma manera, no pasaría mucho tiempo para que aquellos sectores del bloque criollo que hubieran podido estar en condiciones de movilizarse a las "clases peligrosas" fueran neutralizados y, en algunos casos, eliminados. En esta situación, el nuevo tipo de Estado que surgió nada tuvo que ver con los sueños republicanos de los patriotas que habían luchado por la independencia. Si ese Estado se originó sobre la base de algún consenso, éste no fue otro que aquel que se necesitaba para regular litigios entre fracciones de una misma clase, principalmente entre las que basaban su predominio en las posesiones tradicionales y las que se iban vinculando, y muy rápidamente, al mercado mundial. Las clásicas dictaduras del siglo xix pueden ser consideradas como un producto de aquel orden social surgido después de la llamada "independencia".

Sin embargo, no debe creerse que lo que ocurrió en América Latina fue la simple restauración del orden colonial. Ese orden existía, por cierto, en el mundo de las apariencias, y esas estampas que nos muestran a caballeros conservadores o liberales —a veces esas denominaciones no tienen la menor importancia— asistiendo puntualmente a misa, acompañados de sus devotas familias, parecieran confirmar la idea de la restauración. Pero si descorremos un poco los velos, veremos que detrás de las celosías hay todo un nuevo escenario donde irrumpen ferrocarriles, bancos, casas de crédito, buscadores de oro y de fortuna, barcos a vapor, capitalistas ingleses y norteamericanos. Lo que está ocurriendo es, sin duda, una verdadera nueva conquista, cuyos métodos de acumulación son quizá más refinados, pero tanto o más perversos que los de la conquista anterior. Los primeros en saberlo han sido, como siempre, las masas de campesinos e indios pobres, que debido a los nuevos deslindes de propiedades han tenido que huir de sus propias tierras, vagando por los campos o aumentando las muchedumbres hambrientas al-

población y los privilegios de los nuevos detentadores del poder. Expresión política de ese conflicto fue la dictadura de Porfirio Díaz.

Porfirio Díaz, que alcanzó el poder en 1876 conduciendo un movimiento antirreeleccionista y que después se convirtió en uno de los más consumados maestros del reeleccionismo, parecía ser, a primera vista, el típico representante de una clase señorial que gobierna el país como quien lo hace con su hacienda. Inicialmente se había levantado contra la reelección de Benito Juárez en 1872. Después de fallecido Juárez, Díaz volvió a levantarse en armas protestando contra la elección de Lerdo de Tejada por considerarla fraudulenta. En 1877 fue elegido presidente. Después de entregar por un breve periodo la presidencia al general Manuel González, se hizo nuevamente del poder, que no abandonaría hasta 1910. No deja de ser interesante destacar que durante su periodo de ascenso al poder, Díaz intentó llevar a la práctica una política de tipo nacionalista, e incluso proeuropea.¹

La imagen patriarcal de Porfirio Díaz y el tipo de gobierno autoritario que puso en práctica fascinaba a algunos observadores extranjeros: Tolstói lo llamaría "héroe de la paz" y "prodigio de la naturaleza"; Cecil Rhodes lo catalogó como "el primer artesano de la civilización en el siglo XIX"; Carnegie lo consideraba "el Josué y el Moisés de México".² Pero detrás de esas opulentas designaciones encontramos a un tirano que gobernaba gracias al apoyo que le prestaba el reaccionario clero del país, que había podido recuperar todos los bienes perdidos durante las desamortizaciones emprendidas por Benito Juárez,³ y el apoyo derivado de un ejército armado hasta los dientes y de un cuerpo policial que era el mejor pagado del mundo.⁴ Con cierta razón diría Justo Sierra que

¹ Humberto García Rivas, *Breve historia de la revolución mexicana*, México, 1965, p. 35; Fernando Orozco, *Grandes personajes de México*, México, 1981, pp. 196-215; José C. Valades, *Breve historia del porfirismo*, México, Panorama, 1971, p. 51. Acerca de Porfirio Díaz, véase Carleton Beals, *Porfirio Díaz: dictator of Mexico*, Filadelfia, Lippincott, 1963; Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriatto*, México, Hermes, 1955-1965; José López Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, Porrúa, 1921.

² Daniel Cosío Villegas, *The United States versus Porfirio Díaz*, Nebraska Press, 1963, p. xiii.

³ Jean Meyer, *La revolución mexicana 1910-1940*, Barcelona, 1973, p. 31.

⁴ Jesús Romero Flores, *La revolución como nosotros la vimos*, México, 1963, p. 29.

⁵ B. T. Rudenko, "México en vísperas de la revolución democrático-burguesa de 1910-1917", en B. T. Rudenko et al., *Cuatro estudios sobre la revolución mexicana*, México, Quinto Sol, 1983, p. 11.

el gobierno de México no era más que "un banco de empleados armados que se llamaba el ejército".⁵ Pero aparte del recurso de la fuerza represiva, hay otras razones que explican la larga duración del régimen; una de las principales es que Díaz representaba también un intento por conciliar en el poder a las clases señoriales con las aceleradas tendencias modernizantes de aquellos sectores del bloque dominante más vinculados al exterior. Si tuviéramos que sintetizar la esencia de esa dictadura, habría que decir que se trataba de una expresión política de la alianza entre la propiedad señorial y el capital extranjero. Por lo tanto, el gobierno de Díaz gozaría de estabilidad en tanto garantizara los términos tácticos de esa alianza. Pero a comienzos del siglo XX ese capital extranjero penetraba a tanta velocidad en México que los límites del compromiso que representaba Díaz aparecían ya divisibles. En efecto, entre 1900 y 1910 las inversiones extranjeras alcanzaban en México la suma de 3 388 415 960 de pesos, esto es, "el triple de la suma que hasta el periodo de cambio de siglo habían invertido los capitalistas extranjeros en México".⁶

El capital extranjero durante la dictadura

Desde mediados del siglo XIX comienza a observarse un creciente interés de los capitalistas extranjeros por invertir en América Latina. Los países más "favorecidos" por este interés fueron Argentina, Brasil, Chile y México. Alrededor de 1914, el 80% de las inversiones totales fueron realizadas en esos cuatro países, y a México le correspondió aproximadamente la cuarta parte de ese porcentaje.⁷

El avance acelerado del capital extranjero trajo consigo en México el desarrollo de fuertes intereses locales vinculados al exterior, que no tardaron en organizarse políticamente al amparo de la dictadura de Díaz. Ya a comienzos del siglo XIX estos grupos habían conquistado la hegemonía ideológica dentro del gobierno. El grupo más influyente fue el de los llamados "científicos" dirigidos por José Ynés Limantour, uno de los economistas más notables de México y que no por casualidad era financiero y gran terrateniente al mismo tiem-

⁶ Justo Sierra, *Obras completas*, tomo XII: *Evolución política del pueblo mexicano*, México, 1948, pp. 189-190.

⁷ Friedrich Katz, *Deutschland, Díaz und die mexikanische Revolution*, Berlín, 1964, p. 167.

⁸ Hans Jürgen Harter, *Die Revolution in Mexico, 1910-1917*, Colonia, 1973, p. 18.

po.⁹ Limantour fue nada menos que el precursor del sistema bancario mexicano. Su acción más sobresaliente fue la reorganización en 1909 de la deuda nacional sobre la base de un 4%.¹⁰ Los "científicos", que según la acertada definición de José López Portillo constituían una especie de "masonería fuerte y hermética destinada a la explotación de los negocios por medio del predominio oficial",¹¹ postulaban teorías que tomaban algunos elementos sueltos de la filosofía de Augusto Comte rendían un culto casi religioso al "progreso",¹² entendido éste como sinónimo del concepto de industrialización. Por lo tanto, consideraban que la única posibilidad para que México rompiera con su pasado "feudal" residía en una mayor vinculación al capital extranjero, y para cumplir ese objetivo era necesario un gobierno fuerte y autoritario como el que representaba Díaz.

Ayudadas por la acción política de grupos mexicanos como los "científicos", las inversiones extranjeras se dirigieron rápidamente hacia la minería y la agricultura. En el primer sector, además de los metales preciosos, se intensificó la explotación de cobre y estaño. En el segundo fueron realizadas grandes inversiones en productos tropicales con fuerte demanda en Europa, como el café y el tabaco.

La ilusión de los "científicos" en el sentido de que el capital extranjero industrializaría masivamente a México no fue realizada. La mayor parte de las inversiones se concentraron sólo en los rubros tradicionales de exportación. De todo el capital norteamericano invertido en México durante este período, sólo el 1.5%, y de todo el inglés, sólo el 1.1 se dirigió a la industria elaboradora. Únicamente el capital francés invirtió algo más (7.9%) en ese sector.¹³ En esas condiciones era muy difícil que en México surgiera un empresario nacional, motor del "desarrollo" y del "progreso".

Es interesante señalar el rápido crecimiento de las inversiones norteamericanas en comparación con las europeas, especialmente en la minería, en el petróleo y en el transporte, donde compitió abiertamente con el capital inglés. "Según

⁹ Peter Calvert, *La revolución mexicana (1910-1914)*, México, El Caballito, 1978, p. 26; José Vera Estañol, *Historia de la revolución mexicana*, México, 1967, p. 9. Del mismo J. Y. Limantour, véase *Apuntes sobre mi vida pública (1892-1911)*, México, Editorial Porrúa, 1965.

¹⁰ Peter Calvert, *op. cit.*, p. 26.

¹¹ Jesús Romero Flores, *op. cit.*, p. 26.

¹² Acerca del tema, véase Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Editora Nacional, 1960; Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, México, Ediciones Studium, 1943.

¹³ H. J. Harrer, *op. cit.*, p. 67.

cálculos norteamericanos, la riqueza nacional de México, que representaba en 1911 la suma de 2 434 241 422 dólares, se distribuía de esta manera: a los norteamericanos correspondían 1 057 770 000 dólares, a los mexicanos 793 187 242 y a los ingleses 321 302 800.¹⁴

La competencia entre capitales ingleses y norteamericanos fue particularmente fuerte en el campo de las explotaciones petroleras. Por un lado, la Mexican Petroleum Company del norteamericano Edward L. Doheny, la Rockefeller Standard Oil Company y la Warters Pierce Company. Por otro lado, la Royal Dutch Company y la Mexican Eagle Oil Company del inglés Weetman Pearson. Del total del suelo petrolífero, al comenzar el siglo xx, el 80% pertenecía a norteamericanos. Participaban en la explotación 152 compañías estadounidenses. La parte fundamental de los valores invertidos estaba igual en manos de los capitalistas de los Estados Unidos. Para 1911, los norteamericanos habían invertido en la industria petrolera 15 000 000 de dólares.¹⁵

Porfirio Díaz quiso erigirse en una especie de árbitro local de los inversionistas extranjeros, tal como lo había hecho ya respecto a los nacionales. Ello sin embargo le costó cierto distanciamiento de parte de Estados Unidos, cuyos intereses precisaban, a esas alturas, de un gobernante que le sirviera con más obsecuencia. No fue ésta una de las causas menores por las cuales la diplomacia norteamericana apoyó a opositores cuando le garantizaron mejores condiciones de inversión que las que le otorgaba Díaz.

Al igual que como ocurría con las inversiones, la vinculación de México con Estados Unidos era cada vez mayor en el área del comercio externo. Así, mientras en 1871 la parte británica en las importaciones alcanzaba 42% y la norteamericana sólo 9%, en 1888-1889 el 56.6 de las importaciones y el 67% de las exportaciones provenían de Estados Unidos; sólo 15.8% de las importaciones y 20.8 de las exportaciones provenían de Gran Bretaña.¹⁶

Donde más se concentraba el capital norteamericano era sin embargo en el sistema de transporte y comunicaciones, en especial en los ferrocarriles. "En 1902 las inversiones norteamericanas en las empresas constructoras de ferrocarriles en México ascendían a más de 300 millones de dólares y hacia 1911 crecieron más de dos veces, alcanzando la cifra de 650 millones de dólares."¹⁷ De esta manera, los norteamericanos

¹⁴ B. T. Rudenko, *op. cit.*, p. 67.

¹⁵ *Ibid.*, p. 55.

¹⁶ H. J. Harrer, *op. cit.*, p. 77.

¹⁷ B. T. Rudenko, *op. cit.*, p. 40.

construyeron cerca de las dos terceras partes de las líneas ferroviarias de México.

Hasta los "científicos" comprendieron que estando todo el sistema de transporte en manos norteamericanas el gobierno de Díaz perdería su autonomía, de manera que intentaron entre 1905 y 1908 llevar a cabo una política que diera mayores posibilidades de intervención al Estado o a empresas extranjeras no norteamericanas en el negocio ferroviario. Tal medida política fue presentada, con gran despliegue de publicidad, como "la nacionalización de los ferrocarriles", aunque no se trataba más que de la creación de una especie de sociedad por acciones con participación estatal y norteamericana.

La penetración estadounidense no era, tampoco nada, de importancia en la minería. En 1909-1910 "los empresarios norteamericanos dominaban casi por completo en la industria minera del país. Esta rama de la industria era considerada como norteamericana, ya que según cálculos de los industriales norteamericanos, el 90% de las minas existentes se encontraban en manos de empresarios estadounidenses".¹⁸

Igualmente, la industria metalúrgica estaba controlada por norteamericanos en los estados de Chihuahua, Sonora, Coahuila y Sinaloa. Baste decir que alrededor de 1911 "el capital norteamericano invertido en las empresas metalúrgicas llegaba a 26 000 000 de dólares, en tanto que el capital mexicano invertido en esa rama industrial era de poco más de 7 000 000 de dólares".¹⁹

El círculo de la dependencia internacional se cerraba, como es de suponer, en el sistema financiero, particularmente en el control externo de los bancos. Así "los bancos del país fueron arrendados casi en absoluto a los financiamientos extranjeros, principalmente a los banqueros franceses, españoles e ingleses. Para 1910-1913 existía una red extensa de bancos siéndolo los más importantes el Banco Nacional de México, el Banco de Londres y México, el Banco Mercantil de Veracruz, el Banco Oriental de México, y otros".²⁰

En síntesis podríamos decir que en los albores de la revolución las áreas económicamente estratégicas del país estaban ocupadas por capitales extranjeros, ganando el norteamericano una rápida hegemonía sobre el europeo. Ello es causa y consecuencia a la vez de proyectos de grupos locales como el de los "científicos". El dictador Díaz, repetimos, trató de erigirse en intermediario de las distintas fracciones capitalistas extranjeras, papel que en 1910 ya no le era posi-

ble cumplir debido al avance del capital norteamericano, algunos de cuyos representantes veían ya en el gobierno un estorbo para sus planes de expansión. Cabe agregar que el proyecto industrialista y modernizante representado por los "científicos" fracasó en todas sus formas, pues las inversiones externas tendieron a concentrarse en los rubros más tradicionales. Tampoco las clases latifundistas manifestaron una predisposición seria a convertirse en eficientes "burguesías nacionales". En esas condiciones, el proceso de vinculación de México al mercado mundial se realizaría sobre la base de la superexplotación de los sectores sociales más débiles de la población, principalmente en el campo. Así, no puede extrañar que el estabón más débil de la larga cadena que ataba a México al mercado mundial se encontrara en el campo, sobre todo en sus zonas más atrasadas.

El estabón más débil: la cuestión agraria

Si no hubiera más de dos palabras para caracterizar la política agraria de la dictadura de Díaz, éstas serían las siguientes: expropiación y concentración. Las expropiaciones hechas a las comunidades y a los pequeños propietarios y la extrema concentración de la propiedad de la tierra constituyen, en efecto, la otra cara del proceso de "modernización dependiente" puesto en práctica desde fines del siglo pasado.

En todos los países latinoamericanos las expropiaciones de tierras a los indios en favor de las grandes haciendas fue un fenómeno constante después de la llamada independencia, pero en pocos alcanzó tanta rapidez y profundidad como en México. El porfirismo, en cuanto representación política de la alianza constituida por hacendados y capital extranjero, aceleró todavía más el proceso de las expropiaciones. Así, por ejemplo, el 15 de diciembre de 1883 fue emitido el llamado "Decreto de Colonización de Terrenos Baldíos", y para cumplirlo fueron creadas las llamadas compañías deslindadoras, organizadas por Romero Rubio, suegro de Díaz. Como ya se adviña, tal decreto no fue sino un acta formal para llevar a cabo el más desenfrenado saqueo de las propiedades indígenas y campesinas. Como consecuencia de tales expropiaciones se formaron fabulosos latifundios. "En Chihuahua pertenecían al general Terrazas nada menos que 7 millones de hectáreas; en Yucatán, al gobernador Olegario Molina pertenecían 6 millones."²¹ Hacia fines de la dictadura de Díaz

¹⁸ *Ibid.*, p. 47.

¹⁹ *Ibid.*, p. 49.

²⁰ *Ibid.*, p. 62.

²¹ N. M. Lavrov, "La revolución mexicana 1910-1917", en B. T. Rudenko, *et al.*, cit., p. 29.

existían 8 245 haciendas. 300 de ellas tenían cuando menos 10 000 hectáreas; 116 tenían aproximadamente 250 000; 51 poseían 300 000 hectáreas cada una. Los personeros más destacados del régimen eran grandes propietarios de tierras. A los capitalistas extranjeros también les correspondió una parte considerable del botín agrícola expropiado. Por ejemplo, "en la Baja California, cuya superficie era de 14 400 000 hectáreas se concedió a cinco compañías extranjeras derechos de propiedad por 10 500 500 hectáreas".²²

Mediante la legalización de las expropiaciones, el gobierno de Díaz obtuvo además el derecho de vender tierras públicas a compañías de fomento, o de hacer contratos con las compañías deslindadoras pagándoles con la tercera parte de las tierras deslindadas. "Hacia 1889 se habían deslindado 32 millones de hectáreas. Veintinueve compañías habían obtenido posesión de más de 27.5 millones de hectáreas, o sea el 14% de la superficie total de la República. Entre 1889 y 1894 se enajenó un 6% adicional de la superficie total. Así se entregó aproximadamente una quinta parte de la República Mexicana".²³ Otros datos: mediante el expediente de la expropiación de los llamados "terrenos baldíos", el porfirato adjudicó entre 1907 y 1908 "baldíos y tierras nacionales por 297 475 hectáreas, 20 áreas y 13 centiáreas. De 1909 a 1910, 422 866 hectáreas, 29 áreas y 41 centiáreas. Y de 1910 a 1911, 494 059 hectáreas, 11 áreas y 41 centiáreas".²⁴

Los más afectados por las expropiaciones agrarias fueron sin duda los indígenas, quienes frente al pretexto gubernamental de fomentar la propiedad individual perdieron en poco tiempo sus títulos ante terceras personas. La gran mayoría de las propiedades comunales fueron integradas a las haciendas o cayeron en manos de las compañías especuladoras. "Se calcula que más de 810 000 hectáreas de tierras comunales fueron transferidas en el periodo de Díaz."²⁵ Sin duda, los indios consideraban las expropiaciones como una especie de segunda conquista

²² *Ibid.*, p. 29.

²³ Eric Wolf, *Las luchas campesinas del siglo XX*, México, Siglo XXI, 1972, p. 34.

²⁴ Manuel González Ramírez, *La revolución social de México*, tomo 3: *El problema agrario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 66.

²⁵ E. Wolf, *op. cit.*, p. 34. Véase también Helen Phipps, *Some aspects of the agrarian revolution in México — A historical study*, Texas, 1925, p. 34.

La resistencia indígena

Durante la dictadura de Díaz los indios vieron arrebatados los débiles derechos que habían podido conservar en el periodo colonial. Los antiguos "pueblos de indios" y las "reducciones" casi desaparecieron. Las antiguas comunidades sólo lograban sobrevivir en las tierras más inaccesibles del sur. Los habitantes de las antiguas comunidades pasaban a formar parte de una suerte de "proletariado agrario andrajoso" cuya fuerza de trabajo era aprovechada estacionariamente por las grandes haciendas. En cinco estados (Guanajuato, Michoacán, Zacatecas, Nayarit y Sinaloa) más del 90% de todas las poblaciones estaban situadas dentro de las haciendas: en otros siete estados (Querétaro, San Luis Potosí, Coahuila, Aguascalientes, Baja California, Tabasco y Nuevo León) más del 80%. En diez estados, entre el 50 y el 70% de la población rural vivía en poblados dentro de haciendas y en otros cinco estados esa población fluctuaba entre el 70 y el 90% del total. De este modo, las grandes haciendas y poblaciones "habían absorbido no sólo la tierra sino la vida autónoma de las comunidades y habían logrado destruir sus costumbres".²⁶

Si se tienen en cuenta los datos señalados, se explica que los indígenas hayan librado en el marco de la revolución mexicana una lucha propia marcada por un abierto carácter recuperacionista. La comunidad originaria, el *ejido*, que nunca más volvería a existir como tal, pasaría a ser, para los indios, el símbolo de sus luchas. Éstas no se realizarían para alcanzar un futuro ignoto, sino para rescatar por lo menos una parte de su propio pasado.

La lucha por la defensa de la tierra había sido comenzada por los indios mucho antes de la revolución. De las rebeliones indígenas quizá la más pertinaz y heroica fue la llevada a cabo por los indios yaquis. El estallido de la rebelión de los yaquis se remonta al año 1875. El jefe de la rebelión fue el legendario Cajeme, cuyo nombre verdadero era José María Leyva.

Cajeme había sido originalmente oficial del ejército mexicano. Como tal había incorporado a muchos indios en las luchas sociales, tomando partido por los liberales. Gracias a ello, las tribus del río Yaqui gozaron durante un periodo muy breve de una relativa autonomía. Cajeme fue nombrado gobernante de todas las tribus de la zona. Pero muy pronto los grandes hacendados, protegidos ahora por los propios liberales, intentaron continuamente expropiar a los yaquis sus tie-

²⁶ Frank Tannenbaum, *Peace by revolution. An interpretation of Mexico*, Nueva York, 1937, p. 37.

rras. Al finalizar 1875, éstos se declararon en estado de guerra, rehusando obedecer al gobierno. "Cajeme nombró gobernadores, alcaldes y temastianes, estos últimos encargados de la administración del culto religioso. Sobre la base de un sistema democrático, el caudillo indio adoptaba resoluciones de trascendencia general, convocando a asambleas populares que decidían en definitiva y cuyo mandato obedecía el propio gobernante."²⁷ Pronto otros poblados indígenas comenzaron a unirse a los yaquis, entre ellos los de Bácam, Torin, Pótam, Huirivis, Cócorit y Raun.²⁸ En esas condiciones, los yaquis pasaron a convertirse en un "mal ejemplo" para la mayoría de las tribus del país, sobre todo porque en sus territorios establecían relaciones sociales basadas en una suerte de comunismo agrario. Debido a esas razones, el gobierno decidió aplastar brítalmente la rebelión. Un leve pretexto le sirvió para declarar la guerra a los indios: cuando Cajeme exigió al gobernador de Sonora la "repatriación" de su ex lugarteniente Loreto Molina, que en 1885 había intentado nada menos que asesinar al jefe indio y después buscado refugio entre los blancos. La Guerra del Yaqui fue, en verdad, un genocidio plagado de espeluznantes crueldades.²⁹ Pese a eso, los yaquis no se entregaron al porfiriano y pronto Cajeme pasó a ser una leyenda entre los indios, la que sobrevivió a su asesinato perpetrado en 1887. Después de haber sido vencidos, las tierras de los yaquis fueron incautadas por Ramón Corral y sus socios Torres e Izábal quienes las negociaron con la Richardson Construction Company, empresa que adquirió 400 000 hectáreas de las tierras expropiadas al ridículo precio de 60 centavos cada una.

De esta manera, mucho antes de que la "gente decente", esto es, "las personas que vestían bien, que eran ricas y no demasiado morenas",³⁰ manifestara algunos desacuerdos con el porfiriano, los yaquis habían comenzado su propia rebelión luchando por la causa que iba a ser la columna vertebral de la revolución: la defensa de la tierra.

Como era de suponerse, el porfiriano no ahorró sufrimientos a los vencidos. En 1908 los yaquis fueron deportados a Yucatán y repartidos como esclavos entre los grandes hacendados.³¹ "Al ver esa crueldad tan inaudita, al ver ese salva-

²⁷ José Mancisidor, *Historia de la revolución mexicana*, México, El Gusano de Luz, 1968, p. 75.

²⁸ *Ibid.*, p. 75.

²⁹ Véase John Kenneth Turner, *Barbarous Mexico*, Nueva York, 1969, p. 33 [en esp. edit. Epocal].

³⁰ Jesús Siliva Herzog, *Breve historia de la revolución mexicana*, t. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 40.

³¹ J. K. Turner, *op. cit.*, pp. 36-37.

jismo de la tiranía de Porfirio Díaz, me hice revolucionario", declaró el político Eduardo Hay.³² Pero Hay fue sólo una excepción en medio de una sociedad abiertamente racista. Para la mayoría de los políticos, aun para algunos de oposición, era natural que esas "hordas salvajes", como las llamó el periódico *El Imparcial*, fueran masacradas en nombre de "la civilización".³³ Representando esa mentalidad racista, escribía Porfirio Díaz al sanguinario general Victoriano Huerta felicitándolo por sus crueldades: "El Ejecutivo no desmaya en sus esfuerzos para facilitar este movimiento civilizatorio".³⁴ Pero mucho más explícito que su amo era el político e intelectual Francisco Bulnes cuando escribía que "la raza indígena podría haber progresado y hasta haber reclamado un primer sitio entre las naciones del mundo, si no hubiera sido una raza inferior".³⁵

La politización de la cuestión agraria

Sólo recientemente, en el primer decenio del siglo XX, algunos políticos de oposición comenzaron a "descubrir" al indio y a la "cuestión agraria". Algunas razones que llevaron a ese "descubrimiento" son de carácter político, y se desprenden de la situación social explosiva que reinaba en el campo, la cual se había agudizado en los últimos años del porfiriano gracias a una polarización social sin precedentes. En 1910, en efecto, 77.4% de la población vivía en el campo. De ésta, 96.9% de las familias no tenían tierras o vivían en terrenos mezquinos. En cambio, menos del 1% de las familias poseían alrededor del 85% de la superficie agraria aprovechable.³⁶ De este modo no era necesario que un personero de oposición fuera demasiado inteligente para que se diera cuenta de que a Porfirio Díaz no era posible derrocarlo sin recurrir a la movilización de las masas campesinas, y esto a su vez tampoco era posible sin tomar en cuenta reivindicaciones de propiedad.

Una segunda razón que debe haber inducido a los políticos de oposición a preocuparse de la cuestión agraria era la crisis económica que se vivía, cuyas raíces se encontraban, sin lugar a dudas, en el sistema tradicional de tenencia de la

³² N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 57.

³³ *Ibidem.*

³⁴ Gastón García Cantú, *El pensamiento de la reacción mexicana: historia documental 1810-1962*, México, Empresas, 1965, p. 736.

³⁵ Francisco Bulnes, *Toda la verdad acerca de la revolución mexicana*, México, Edimex, 1960, p. 67.

³⁶ H. J. Harter, *op. cit.*, p. 86.

tierra. "De hecho, entre 1877 y 1894 la producción agrícola disminuyó a una tasa anual del 0.81%. Entre 1894 y 1907 aumentó una vez más, pero sólo a la lenta tasa anual del 2.59%." ³⁷ Las cosechas disminuían en un ritmo notable. "Esto era especialmente cierto para el maíz, alimento básico de la población. La producción per cápita de maíz disminuyó de 282 kilogramos en 1877 a 154 en 1894 y a 144 en 1907. Disminuciones similares se observaron en el frijol y el chile, otras cosechas de igual importancia." ³⁸ A tal punto llegaron las disminuciones en la producción agrícola, que de 1903-1904 a 1911-1912 se hizo necesario importar desde Estados Unidos y Argentina 27 millones de pesos de maíz y 94 millones de pesos en otros granos. ³⁹ Tales bajas de producción se daban precisamente en un periodo caracterizado por un inaudito aumento de la demanda determinado por la expansión demográfica y el desarrollo urbano.

LA OPOSICIÓN POLÍTICA A DÍAZ

Problemas tan relevantes para México como el agrario podrían haber existido aislados durante mucho tiempo en la historia del país. Sin embargo, en esta época adquirieron significación política, y después significación revolucionaria, cuando se vincularon con la lucha democrática antidictatorial, que tenía lugar principalmente en las ciudades. En otras palabras, si bien el epicentro de la revolución estaba en los campos, sus primeros remezones se hicieron sentir en las ciudades.

La oposición política a Díaz provenía a su vez de tres vertientes principales. La primera estaba constituida por una débil capa de empresarios que se había formado como consecuencia de la modernización dependiente del país. La segunda, por aquellos sectores sociales intermedios, en especial miembros de las profesiones liberales aparecidos a consecuencia del acelerado proceso de urbanización que tenía lugar desde fines del siglo XIX. La tercera se formaba de una naciente clase obrera industrial.

³⁷ E. Wolf, *op. cit.*, p. 38.

³⁸ *Ibid.*, p. 39.

³⁹ J. Silva Herzog, *Cuatro juicios sobre la revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 54.

La vertiente empresarial

Ya hemos dicho que la dictadura de Díaz representaba en el plano político la alianza tácita entre los propietarios tradicionales con sectores capitalistas vinculados al mercado mundial. Tal alianza funcionó con armonía durante el siglo XIX, pero desde principios del XX comienza a observarse que ella también implicaba una contradicción. ¿Cómo modernizar rápidamente el país al gusto de los "científicos" mientras gran parte de sus clases dominantes insistían en practicar los estilos económicos del siglo XIX? A la vez ¿era posible prescindir de esas clases que mal constituían la principal base de apoyo de la dictadura? Tales dilemas no resueltos determinaron que algunos partidarios de la dictadura comprendieran que los tiempos estaban cambiando y que incluso, debido a razones biológicas: "el otoño del patriarca" estaba cercano, pues entre las supuestas virtudes del dictador no se contaba la de la inmortalidad. El hecho de que muchos miembros del régimen ya imaginaban algunas soluciones de recambio que permitieran el tránsito de una dictadura de tipo patriarcal a un gobierno más a tono con la época, era algo más que evidente.

Por otra parte, el desarrollo de las inversiones extranjeras había sido demasiado vertiginoso como para no provocar alteraciones en los modos de producción tradicionales. De este modo, las "ventajas que disfrutaban los industriales y comerciantes en el siglo XIX, representadas por bajos salarios, una devaluación del peso, la creciente demanda urbana y el apoyo del capital extranjero, empezaron a desaparecer. Los salarios subieron, aunque debido a la inflación y otros factores los salarios reales bajaron de 42 a 36 centavos diarios. El valor del peso fue estabilizado por el patrón oro de 1905, concluyendo así el apogeo de la plata mexicana y provocando la restricción del crédito. Los precios de los productos agrícolas primarios como el azúcar (para la industria cervecera) y el algodón (para las fábricas textiles) se elevaron bruscamente, lo mismo que el costo de equipos básicos importados. Finalmente el consumo interno decayó con el fracaso del campesinado de ingresar en el mercado y con la reducción de los salarios reales de los trabajadores. La tasa de crecimiento de la producción de la industria nacional entre 1900 y 1910 bajó considerablemente si se compara con el periodo de 1890-1900. El algodón y el azúcar cayeron bajo el control de monopolios, en su mayoría extranjeros, como había sucedido antes con la minería. Después de 1907, las ganancias bajaron, cerraron las fábricas y la monopolización aumentó rápida-

mente; y, a excepción del azúcar, el consumo interno descendió de golpe.⁴⁰

La situación de la economía mexicana ofrecía pues un terreno muy apropiado para que "las diversas fracciones del capital" se dieran encontronazos entre sí. No deja de ser significativo el hecho de que el mismo iniciador de la revolución, don Francisco I. Madero (1873-1915), proviniera de círculos económicos privilegiados. La familia de Madero era uno de los tantos conglomerados consanguíneos pudientes de México y "funcionaba como una unidad en donde los intereses de unos correspondían con los intereses de todos".⁴¹ Por si fuera poco, tal familia mantenía una larga y estrecha amistad con la del ministro Limantour, e incluso el futuro presidente "era un firme creyente de la libre empresa, de las facilidades crediticias y de la modernización de la agricultura".⁴² Probablemente, antes de verse envuelto en el torbellino de la revolución, Madero no pasaba de ser un intelectual acomodado e interesado en fórmulas que permitiesen relevar al anciano dictador sin alterar demasiado el orden establecido.

Sin embargo, el hecho de que en el bloque porfirista hubiese disconformes, y aun disidentes, no autoriza a creer que la revolución haya tenido un carácter predominantemente "burgués" o "antifeudal".⁴³ Por una parte, un sector típicamente feudal era lo menos que podía existir en un país tan dependiente del mercado mundial como era México. Por otra, los sectores "burgueses" que estaban dispuestos a romper con el porfirismo eran extraordinariamente minoritarios, y sus posiciones de desacuerdo o disidencia no los llevaba automáticamente a convertirse en revolucionarios. No podemos sino estar de acuerdo con Silva Herzog cuando afirma con énfasis: "La revolución mexicana no sólo no fue burguesa, sino todo lo contrario, una revolución antiburguesa, popular, campesina y nacionalista, en la cual tomaron parte más de cien mil hombres."⁴⁴

⁴⁰ James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1971, p. 42.

⁴¹ Charles C. Cumberland, *Mexican revolution. Genesis under Madero*, University of Texas Press, 1969, p. 36 (en español, *Madero y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1977). Acerca del tema, véase también Raimundo Bosch, "Bases sociales de la revolución mexicana", en *Historia 16*, núm. 1-8, Madrid, 1976, pp. 77-82.

⁴² J. D. Cockcroft, *op. cit.*, p. 61.

⁴³ Por ejemplo B. T. Rudenko, *op. cit.*, pp. 7-81.

⁴⁴ J. Silva Herzog, *Cuatro juicios*, cit., p. 110.

La vertiente de "clase media"

Muy distinto fue lo que ocurrió en los sectores intermedios de la sociedad.

Como consecuencia de la expansión urbana y, por lo tanto, de la pequeña producción, de la administración y los servicios, las profesiones liberales, etc., se había formado en México una enorme "clase media". Ahora bien, como la urbanización de México no había surgido determinada por un proceso de industrialización sostenido, sino más bien como un producto de la economía de exportación, debía producirse, necesariamente, un desfase entre la expansión de los sectores medios y su real capacidad de inserción en el sistema productivo. De esa manera, aquel fenómeno sociológico que se ha dado en denominar "pauperización de los sectores medios" era más que visible en el México de comienzos de siglo, sobre todo si se tiene en cuenta que "los precios de los alimentos se duplicaron, el alquiler y los impuestos se volvieron intolerables y a los elementos de clase media se les negó la entrada a los clubes sociales de la aristocracia o a las camarillas burocráticas".⁴⁵

En esas circunstancias, entre los sectores medios surgieron una gran cantidad de resentimientos en contra de los que usufructuaban el poder, vale decir, terratenientes, banqueros, hombres de negocios y capitalistas extranjeros. Desde allí surgiría también una suerte de conciencia nacionalista (antimperialista) y no fueron pocos los miembros de los sectores medios que se manifestaban proclives a concertar sus reivindicaciones con las de las clases subalternas del país. En un país como México, esto no podía dejar de expresarse en algunos conflictos de tipo racial, sobre todo si se tiene en cuenta que en los grupos liberales predominaba el elemento "mestizo".⁴⁶

Particularmente intensas fueron las contradicciones entre los intelectuales de "clase media" y el régimen. A comienzos de siglo encontramos en México un signo característico de todos los periodos prerrevolucionarios: un abierto conflicto entre los detentadores del saber respecto a los detentadores del poder. Por cierto, la delgada capa de intelectuales conocida como los "científicos" seguían apoyando a la dictadura, aunque el proyecto "científico" de modernización había fracasado ya rotundamente. Así, no es falso afirmar que de las

⁴⁵ J. D. Cockcroft, *op. cit.*, p. 44.

⁴⁶ Véase Manuel Villa, "El surgimiento de los sectores medios y la revolución mexicana", en *Revista de Ciencias Sociales*, Santiago de Chile, 1971, núm. 1-2, p. 137.

filas intelectuales comenzó a brotar un disgusto ideológico antidictatorial que, aunque proviniendo de los sectores medios, no sólo representaba sus intereses sino que intentaba alcanzar un nivel nacional interpellando al resto de las clases sociales subalternas.

Una de las expresiones de la radicalización de los sectores medios fue la enorme efervescencia cultural que precedió a la caída del régimen. Jesús Silva Herzog, que tenía 18 años en 1910 y era ya "un lector asiduo y sistemático de libros y folletos", nos cuenta que las nuevas generaciones intelectuales leían con avidez libros como *La conquista del pan* de Pedro Alejandro Kropotkin, *Las mentiras de la civilización* del húngaro Max Nordeau, *Los miserables* de Victor Hugo, el *Judío Errante* de Eugenio Sué, y sobre todo *Qué es la propiedad* de Pedro José Proudhon.⁴⁷ Por todas partes florecían círculos literarios, clubes científicos, centros de discusión, escuelas populares, etcétera.

En tal ambiente, era inevitable que entre los intelectuales de "clase media" no tuviera lugar una especie de redescubrimiento de la idea de "pueblo", fundamentalmente el "pueblo agrario". Uno de los precursores del populismo agrario mexicano fue el jurista Luis Wistano Orozco, que afirmaba que "repartir la posesión legítima de la tierra al mayor número posible de hombres es cumplir con el pensamiento divino"; es cooperar en el mundo a los designios de Dios.⁴⁸ Otro autor, Andrés Molina Enriquez, que puede ser considerado como miembro del ala izquierda de la escuela positivista, afirmaba en su obra *Los grandes problemas nacionales*, en la que se reconoce la influencia de Spencer, que a los indios debían serle devueltas las tierras arrebatadas.⁴⁹ De la misma manera, Luis Cabrera, uno de los más brillantes polemistas del periodo, planteaba: "[...] es necesario pensar en la reconstrucción de los ejidos, proclamando que éstos sean inalienables, tomando las tierras que necesitan para ello de las grandes propiedades circunvecinas, ya sea por medio de compras, ya sea por medio de expropiaciones por causa de utilidad pública con indemnización, ya sea por medio de arrendamientos o de aparcerías forzosas".⁵⁰

Estos breves ejemplos nos hacen recordar la producción literaria del romanticismo agrario ruso antes de la revolución de octubre, sobre todo en lo que respecta a la idea de la reconstrucción de las antiguas comunidades agrarias. Y en

⁴⁷ J. Silva Herzog, *Cuatro juicios*, cit., p. 93.

⁴⁸ Arnaldo Córdova, *Ideología de la revolución mexicana*, México, Era, 1973, p. 116.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 126.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 139.

efecto, tanto el populismo agrario mexicano como el romanticismo ruso de comienzos de siglo pueden ser considerados una reacción intelectual en contra de las destructivas consecuencias de una industrialización dependiente.⁵¹ Así, no puede extrañarnos que en el curso de la revolución muchos intelectuales mexicanos se hubieran sentido fascinados por el agrarismo comunitario que representaban movimientos como el de Emiliano Zapata.

La efervescencia cultural mencionada tenía necesariamente que proyectarse hacia la esfera política y quizá la expresión más nítida de ello fue la fundación del Partido Liberal Mexicano en 1906. En México, el concepto liberalismo estaba asociado a las luchas sociales del siglo XIX. El mismo Porfirio Díaz había llegado al poder en nombre de la idea liberal. La formación de entidades de oposición denominadas liberales durante el porfirato revelan intentos por reformular un liberalismo político que se opusiera al liberalismo puramente económico representado por la dictadura. Igualmente, el nuevo liberalismo pretendía rescatar los rasgos originarios del liberalismo social decimonónico: el antilatifundismo y el antitictorialismo.

El primer grupo liberal de oposición surgió en San Luis Potosí, centro de empresarios de línea modernista y de profesionales no adictos al gobierno. Allí ya comenzaba a brillar la figura de Ricardo Flores Magón, que a través de su periódico *Regeneración* divulgaba sus ideas, más libertarias que liberales. El primer congreso liberal aprobaría un programa democrático en donde se postulaba la validez de la constitución preporfirista de 1857 y se atacaba fuertemente el personalismo político. A partir de ese momento comenzaron a proliferar los llamados clubes liberales. Quizá pretendiendo sentar precedentes, la dictadura respondió con la represión y los hermanos Ricardo y Jesús Flores Magón fueron encarcelados. Pero la oposición ya estaba en marcha. El 27 de febrero de 1903, el Club Liberal Ponciano Arriaga publicaba un manifiesto llamando a luchar por las libertades políticas. En 1904, los clubes liberales dirigidos por el Club Redención de los hermanos Magón proclamaron por primera vez la lucha en contra de la reelección del tirano, abonando así un terreno político que iba a dar sus frutos con Madero. La línea del liberalismo la marcaba, indudablemente, su ala radical

⁵¹ No es casual que en ese mismo periodo, Manuel González Prada, Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui redescubrieran al indio y al *ayllin*; véase Fernando Mires, "Mariátegui, los indios y la tierra" y "Victor Haya de la Torre o la conciencia del populismo", en *El subdesarrollo del marxismo en América Latina y otros ensayos*, Quebec-Montreal, pp. 18-50.

magonista operando desde Texas; obedeciendo a esa convocatoria se formó, el 28 de septiembre de 1905, la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano, en San Luis Potosí. En julio de 1906, y en medio del entusiasmo provocado por la larga huelga de los trabajadores de Cananea, fue hecho público "el documento más importante de la etapa precursora de la revolución":⁵² el "Programa del Partido Liberal", en cuya redacción se reconoce la pluma anarquista de los Magón. Entre los puntos del Programa cabe destacar los siguientes:

1. En las escuelas primarias deberá ser obligatorio el trabajo manual.
2. Deberá pagarse mejor a los maestros de enseñanza primaria.
3. Restitución de los ejidos y distribución de tierras ociosas entre los campesinos.
4. Fundación de un banco agrícola.
5. Los extranjeros no podrán adquirir bienes raíces.
6. Jornada máxima de trabajo de ocho horas y prohibición del trabajo infantil.
7. Fijación de salarios mínimos en las ciudades y campos.
8. Descanso dominical obligatorio.
9. Abolición de las tiendas de raya en todo el territorio de la nación.
10. Pensiones de retiro e indemnización por accidentes en el trabajo.
11. Ley que garantice los derechos de los trabajadores.
12. La raza indígena será protegida.⁵³

En el programa expuesto encontramos reivindicaciones correspondientes a los sectores medios (puntos 1 y 2), de los propietarios nacionales (punto 5), de los trabajadores agrarios (puntos 3 y 4), y de los trabajadores urbanos e industriales (puntos 6, 7, 8, 9, 10 y 11). El punto 12 hay que entenderlo como una consecuencia de la heroica lucha librada por los indios yaquis. El mayor peso de las reivindicaciones obreras hay que entenderlo por las influencias anarquistas de los redactores del programa. En lo esencial podemos decir que tal Programa representa el intento de algunos sectores intelectuales radicalizados por constituir un bloque social de oposición a la dictadura, dando cabida a las principales reivindicaciones obreras y campesinas. Inspirador del programa fue sin duda Ricardo Flores Magón, que en este período transi-

⁵² A. Córdova, *op. cit.*, p. 96.

⁵³ J. Silva Herzog, *Breve historia...*, cit., t. 1, pp. 58-59.

taba de un liberalismo moderado a posiciones libertarias y anarquistas. El mismo explicaba así la evolución de su pensamiento: "Primero creí en la política. Creía yo que la ley tendría la fuerza necesaria para que hubiera justicia y libertad. Pero vi que en todos los países ocurría lo mismo que en México, que el pueblo de México no era el único desgraciado y busqué la causa del dolor de todos los pueblos de la tierra y la encontré: el capital."⁵⁴

Las ideas de Flores Magón trascenderían muy pronto su determinación inicial de "clase media" alcanzando al incipiente movimiento obrero e incluso al movimiento agrarista de Zapata, tan renuente, como veremos, a aceptar ideas citadinas.⁵⁵

La vertiente obrera

El desarrollo político de los trabajadores era muy precario en el México de comienzos de siglo, lo que en alguna medida estaba determinado por su escaso desarrollo cuantitativo pues en ese período apenas alcanzaban la cifra de 250 mil personas. Además, debido al desarrollo desigual de la expansión industrial, los trabajadores estaban muy aislados entre sí. Los núcleos de mayor concentración eran los centros de la industria extractiva como Cananea; de la metalúrgica como Monterrey, Torreón, San Luis Potosí; de la textil como Orizaba, Puebla y otras poblaciones.⁵⁶ Factores que influyeron en el desarrollo del movimiento obrero fueron, entre otros, el crecimiento demográfico y los ataques sistemáticos a las propiedades comunales en el campo. De esta manera, los límites de diferenciación entre obreros y campesinos eran todavía muy tenues, hasta el punto de que es posible hablar de una particular "especie social": la de los campesinos-artesanos.⁵⁷

No fue hasta 1906 cuando surgen, alentados por el clima opositorista que se vivía, los primeros brotes de resistencia obrera. En ese año, por ejemplo, estalló la huelga de la industria de hilados y tejidos de Puebla, que no tardó en ex-

⁵⁴ Isidro Fabela, *Documentos históricos de la revolución mexicana*, t. x: *Actividades políticas y revolucionarias de los hermanos Flores Magón*, México, Jus, 1966, p. 509 (edición en 28 tomos); véase también Ricardo Flores Magón, *Semilla libertaria*, México, 1923, y *Epistolario y textos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

⁵⁵ A. Córdova, *op. cit.*, p. 115.

⁵⁶ B. T. Rudenko, *op. cit.*, p. 69.

⁵⁷ Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, México, Era, 1981, p. 23.

tenderse hacia Tlaxcala. En Orizaba los obreros llegaron a destruir máquinas e incendiar edificios de tiendas de raya. El gobierno reaccionó llevando a cabo feroces masacres. La acción huelguista que tuvo más repercusiones fue, sin duda, la de los obreros cupriferos en Cananea en el estado de Sonora. Debido a problemas salariales más de diez mil trabajadores se declararon en huelga en contra de la Cananea Consolidated Cooper Company. Además de exigir salarios mínimos, los obreros pedían que en la empresa fueran ocupados por lo menos un 75% de mexicanos, generándose así una muy interesante "conexión entre el nacionalismo mexicano y la actividad sindical".⁵⁸ Pero el mayor mérito histórico de esta huelga fue que allí por primera vez se luchó por la jornada mínima de ocho horas. La huelga fue terminada por el gobierno mediante el recurso de métodos extremadamente represivos, lo que produjo indignación entre sectores opositores que, de ahí en adelante, comenzaron a preocuparse más seriamente de la "cuestión obrera".

En síntesis podemos afirmar que el débil desarrollo sindical de los trabajadores a comienzos de siglo imposibilita considerarlos como un factor siquiera precursor de la revolución. Por el contrario, si se puede afirmar que fue la revolución la que posibilitó un mayor desarrollo del movimiento obrero.

LA REVOLUCIÓN POLÍTICA DE MADERO

En el México de 1910 se había formado una constelación constituida por múltiples movimientos de protesta que todavía no habían logrado articularse entre sí, lo que a su vez no era posible sin que las diferentes demandas fueran elevadas al nivel de la política. Tan enorme tarea le correspondería a un hombre a primera vista insignificante: Francisco I. Madero.

Francisco I. Madero provenía de una familia que se contaba "entre las diez más grandes fortunas de México",⁵⁹ cuyas propiedades mineras se extendían desde Coahuila hasta San Luis Potosí. El padre de Madero había fundado el primer banco del extremo norte, el Banco de Nuevo León, en Monterrey, centro de la naciente industria del acero y del hierro. Los intereses de la familia abarcaban desde las plantaciones de

⁵⁸ *Ibid.*, p. 33.

⁵⁹ J. D. Cockcroft, *op. cit.*, p. 60.

algodón y guayule hasta la ganadería, curtidurías, fábricas textiles, destilerías vinícolas, minas y refinerías de cobre, fundiciones de hierro y acero, y la banca; desde Coahuila hasta Mérida.⁶⁰ Con todas esas riquezas no es extraño que la familia gozara además de cuotas de poder político. El padre de Madero fue en 1880-1884 gobernador de Coahuila. Madero había sido educado desde muy joven para el mundo de los negocios. Nada menos, en la Escuela de Estudios Comerciales Avanzados de París estudió técnicas de manufactura, análisis de mercado y determinación del precio de costos. En 1892-1893 estudió la nueva tecnología agrícola en la Universidad de California en Berkeley. Pronto tendría oportunidad de aplicar sus conocimientos en sus haciendas y empresas, y de acrecentar todavía más sus cuantiosas fortunas.

Los detalles mencionados distan de ser secundarios. Madero pertenecía al segmento de empresarios modernos que no se sentían demasiado a gusto ante los límites que la oligarquía tradicional había impuesto a Díaz y ansiaban la implantación de algunas reformas tendientes a racionalizar en términos capitalistas los enormes excedentes acumulados en el país. Si además se tiene en cuenta que el joven Madero estaba en permanente contacto con los hombres de negocios de San Luis Potosí, los más disidentes respecto al porfirato, se puede entender que su tránsito de la economía a la política haya sido natural.

Pero no sólo fueron intereses económicos los que llevaron a Madero a la política. El futuro presidente era en cierto modo un intelectual y se sentía atraído por las doctrinas políticas liberales.⁶¹ Por lo mismo, era un personaje adecuado para servir de nexo entre las fracciones económicas disidentes con el porfirismo y los políticos provenientes de los sectores medios. Si a esto agregamos un temperamento místico que a veces desbordaba en creencias providenciales y aun espiritistas, que le conferían un vigor mesiánico, se entiende por qué llegó a ser la figura integradora que pudo "simbolizar el deseo profundo de un cambio, tanto social como económico y político".⁶² Por último, a todas sus condiciones favorables agregó —por lo menos en algunos momentos— un fino sentido de la oportunidad. Uno de esos momentos ocurrió cuando publicó su famoso libro *La sucesión presidencial*.⁶³

⁶⁰ *Ibidem.*

⁶¹ Ch. C. Cumberland, *op. cit.*, p. 35.

⁶² Stanley R. Ross, *Francisco I. Madero, Apóstol de la democracia mexicana*, México, Biografía Gandesa, 1959, p. 116.

⁶³ Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910*, México, Libr. de la Viuda de Ch. Bouret, 1911.

Pocas veces un simple libro ha bastado para provocar efectos políticos tan inmediatos y fulminantes. Y sin embargo, releéndolo hoy día, apenas se advina su contenido explícito. En efecto, en su libro, Madero comenzaba haciendo un análisis bastante convencional y retrico de la situación de México (cap. 1), para posteriormente realizar una descripción más que benévola de la dictadura, pues no son pocos los juicios positivos emitidos con relación a Porfirio Díaz (cap. 2) y luego perderse en disquisiciones de novato acerca del sentido del poder absoluto (caps. 3 y 4). No es hasta el capítulo 5 cuando desenvuelve sus planteamientos políticos criticando la posibilidad de una reelección de Díaz, tratando de demostrar que México ya estaba maduro para una democracia (cap. 6) proponiendo para tal efecto la formación de una suerte de "partido antirreeleccionista" (cap. 7) cuyos dos principios fundamentales serían la libertad de sufragio y la no reelección.⁶⁴

Como ya es posible inferir, la dinámica del libro de Madero no estaba en su contenido sino en el momento político que vivía México. Pero ese momento no lo había provocado Madero, sino, paradójicamente, el dictador mismo. Ello ocurrió debido a la poco feliz idea que tuvo Díaz al conceder una entrevista a la revista norteamericana *Pearson's Magazine*, anunciando su intención de retirarse del gobierno apenas cumpliera 80 años (en ese momento tenía 78). Si con esas declaraciones Díaz quiso tranquilizar los ánimos de algunos de sus partidarios que ya se hacían problemas por la avanzada edad del dictador, lo cierto es que consiguió todo lo contrario, pues introdujo lo que hasta entonces era un tema tabú en las discusiones políticas, justo cuando su popularidad comenzaba a declinar. Como cuenta Isidro Fabela, por entonces un joven demócrata y después uno de los políticos más destacados del campo revolucionario, la declaración que Díaz hiciera al periodista Creelman "causó verdadero asombro entre nosotros, la recibimos como una revelación injustada... [y agrega] la entrevista Díaz-Creelman fue el verdadero preludio de la revolución de 1910".⁶⁵ Curiosamente, las opiniones de un testigo porfirista, el historiador Jorge Vera Estañol, eran muy similares: "Las sensacionales declaraciones de Díaz a Creelman operaron una transformación fundamental en la conciencia pública [...] fue el origen psicológico de la revolución de 1910."⁶⁶

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ Isidro Fabela, *Mis memorias de la revolución*, México, 1977, p. 18.

⁶⁶ Jorge Vera Estañol, *Historia de la revolución mexicana*, México, 1967, p. 95.

Sobre todo en los círculos porfiristas, las declaraciones de Díaz produjeron desconcierto porque no había todavía ningún acuerdo establecido con relación al tema de la sucesión presidencial y comenzaba a primar la idea de prolongar el mandato presidencial por seis años más, apostando a la buena salud del dictador. Por esas razones, el problema de la sucesión había sido desplazado a la vicepresidencia, dado el manifiesto descrédito del vicepresidente en vigencia, el odiado Ramón Corral, quien cuando fue designado por Díaz, a decir del propio porfirista Vera Estañol, "muchos oían ese nombre por primera vez y no lo asociaban a ninguna obra o empresa de interés nacional".⁶⁷

El tema de la vicepresidencia distaba en verdad de ser secundario, pues de la manera como se resolviera dependía nada menos que la determinación de los futuros cursos políticos y, en consecuencia, el predominio de alguna fracción porfirista sobre otra. En 1910, los porfiristas ya no podían ocultar que estaban internamente divididos. Por un lado, unos apoyaban como vicepresidente al brillante Limantour, representante de la línea más modernizante; otros barrajaban el nombre del general Bernardino Reyes. Gracias a las divisiones políticas del bloque gobernante, la oposición encontró algunos espacios de acción. Fue en ese momento preciso cuando apareció el libro de Madero, que comenzó a ser leído en todas partes con extraordinaria avidez. El libro —quizás por que no estaba escrito en un lenguaje radical— penetró hasta en los círculos porfiristas.

Aparte del momento político en que fue publicado, el libro de Madero contenía dos elementos de ruptura radical con el orden vigente. Uno era el llamado a formar un partido, desconociendo así el monopolio del poder político sustentado por Díaz. Por lo demás, Madero mismo, captando las divisiones del porfirismo, proponía que el todavía no formado "Partido Nacional Democrático" debía escoger a uno de los candidatos nada menos que de entre las propias filas del porfirismo. El segundo elemento de ruptura con el régimen era el llamado a la libertad de sufragio y a la no-reelección, cuestionando con ello lo que ningún porfirista se atrevía a cuestionar: la legitimidad política personal de Díaz. Como es posible advertir, el libro de Madero estaba centrado más bien en el espacio de las contradicciones dentro del bloque dominante, al que, mal que mal, el autor, objetivamente, pertenecía. De otra manera no se entiende por qué el mismo Madero propuso posteriormente que Porfirio Díaz siguiera como mandatario y que como vicepresidente fuera nombrado alguien de su to-

⁶⁷ *Ibid.*, p. 89.

davía inexistente partido, aunque quizá lo hizo para impedir que ganara terreno la candidatura del general Bernardo Reyes, hombre fuerte en el ejército, y el más apropiado para continuar la línea tradicional del porfirismo. Pero fue la testarudez de Díaz la que cerró toda posibilidad de compromiso. Como todo dictador, desconfiado de los "hombres fuertes" que crecen a su sombra, no aceptó la vicepresidencia de Reyes, terminando así con la ilusión de un porfirismo sin Porfirio. Ello determinó que algunos reyistas asumieran una posición antirreeleccionista de derecha, pero en algunos puntos confluyente con la de Madero. Así, el hasta entonces inflexible Díaz cometió dos errores mortales: la entrevista y el bloqueo a Reyes. A estos dos errores agregaría un tercero, todavía más garrafal: aplicar la represión a Madero, convirtiéndolo así en el símbolo unitario que necesitaba la oposición. Porfiristas disidentes, liberales moderados, anarquistas y revolucionarios cerraron de pronto filas alrededor de Madero, a cuyo llamado surgían los grupos antirreeleccionistas. Díaz respondió con mayor represión. Periódicos que nunca habían sido contrarios al régimen, como el *Diario del Hogar*, fueron clausurados. Miles de opositores fueron perseguidos. Sólo en la cárcel de Belén había en 1909 la cantidad de 33 587 arrestados.⁶⁸

El 15 de abril de 1910 fue fundado el partido propuesto por Madero, pero con el nombre de Partido Antirreeleccionista. Madero fue nombrado candidato a la presidencia. Para la vicepresidencia fue nombrado Francisco Vázquez Gómez. Los seguidores de Díaz también comenzaron a organizarse en partidos. El 1 de abril fue fundado el Partido Democrático, apropiándose del nombre propuesto por Madero para su partido. Otros sectores se agruparon políticamente en torno a la fórmula Díaz-Corral. Otros, en favor de Díaz, pero sin Corral. Los grupos más importantes en el interior del porfirismo fueron sin duda los "reyistas", que se multiplicaron en todo el país. Díaz, al oponerse a la fórmula bipartidista propuesta por Madero, dio origen a un sistema pluripartidista informal, poniendo al desnudo las contradicciones internas de la dictadura. Más todavía, el golpe de autoridad que quiso sentar Díaz al imponer a Corral "alarmó a la mayoría activa de la nación"—según la aseveración de Vera Estañol,⁶⁹ pues si había alguien en México que concitaba repudio general, ése era Corral. La aplicación desmedida de la represión —instigada por el propio Corral— terminó por colocar los frentes en posiciones irreconciliables.⁷⁰

⁶⁸ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 91.

⁶⁹ Jorge Vera Estañol, *op. cit.*, p. 118.

⁷⁰ Este período puede caracterizarse como de "crisis de repre-

Mientras más se apagaba la estrella de Díaz, más brillaba la de Madero. Arrestado el 19 de junio de 1910, Madero pasó a ser un candidato mártir. En esa situación, las elecciones del 26 de junio no podían ser sino una farsa, y Díaz no podría extraer de allí ninguna legitimidad. Al serle negadas a Madero las posibilidades de convertirse en opositor, no le quedó más alternativa que convertirse en revolucionario.

El 4 de octubre, los partidarios de Madero organizaron su fuga de la prisión y el 6 de octubre ya se encontraba en San Antonio, Texas. Ya Madero había llegado a la conclusión de que la única alternativa que restaba era el levantamiento armado. Con fecha 5 de octubre fue dado a conocer el famoso Plan de San Luis. La fecha es sólo simbólica. En realidad fue redactado en Estados Unidos por los maderistas, y se acordó inscribir el último día que Madero estuvo en suelo mexicano. Si a las revoluciones hubiera que ponerles fecha, habría que decir que la mexicana comenzó el 5 de octubre de 1910 y que el Plan de San Luis fue una suerte de acta notarial que anunciaba su nacimiento.

EL PLAN DE SAN LUIS

El Plan de San Luis, que también puede ser considerado como un programa a poner en práctica después del triunfo de la insurrección, comenzaba desconociendo los resultados de las últimas elecciones (art. 1) y, por lo tanto, la legitimidad del gobierno (art. 2), consagrando a Madero como presidente interino plenipotenciario hasta nuevas elecciones. El artículo 7 hace, sencillamente, un llamado al levantamiento armado.

El Plan constituía un programa de abierta ruptura con el porfirismo. En materias sociales era más bien pobre. Sin embargo contenía un punto extraordinariamente significativo y se encuentra en su artículo 3 (tercer párrafo), donde son denunciadas las expropiaciones de tierras a campesinos e indios en los siguientes términos: "Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos,

sentación"; véase Juan Felipe Leal, "El Estado y el bloque en el poder en México, 1867-1914", en *Historia Mexicana*, vol. 23, México, 1974, núm. 4-92, p. 721.

que los restituyan a sus antiguos propietarios, a quienes pagarían también una indemnización por los perjuicios sufridos."⁷¹

No sabemos si Madero midió exactamente el significado de esas palabras; si sabemos que, si convocaba a un levantamiento armado, el concurso de los campesinos —en un país agrario como México— era indispensable. También sabemos que ningún campesino estaba dispuesto a mover un dedo por Madero sin recibir la promesa de la restitución de sus tierras. Ese simple párrafo significaba, ni más ni menos, la incorporación de las masas agrarias a una revolución que hasta el momento sólo tenía un sentido político. A partir de ahí, la revolución tendría una cualidad nueva; pues la lucha no estaría sólo centrada en el derrocamiento o contención de un gobierno, sino también en el problema de la tierra, lo que para un país como México significaba el establecimiento de un orden social distinto.

EL ORIGEN DE LA "OTRA" REVOLUCIÓN

Quando describimos la heroica resistencia de los yaquis, vimos que mucho tiempo antes de que Díaz fuera cuestionado por las clases políticas urbanas, lo era por las masas desposeídas del campo. El levantamiento de Madero confluiría así con rebeliones que existían desde tiempo atrás. El artículo 3 del Plan de San Luis puede considerarse en ese sentido como una suerte de expresión anticipada de una alianza entre los políticos nacientes de los sectores medios y las masas agrarias.

El sur

El movimiento agrario alcanzaría en el sur del país, sobre todo en el estado de Morelos, una fuerza extraordinaria a raíz de ese fenómeno tan particular que fue el zapatismo.

Aquello que diferenciaba la estructura social agraria del sur respecto a la del resto del país era que su cantidad de población sin acceso a la tierra era mucho más grande. En 1910, mientras en todo México el 51% de las familias eran propietarias, en Guerrero sólo lo era el 15, en el Estado de México el 0.5, en Morelos el 0.5, en Puebla el 0.7 y en Tlaxcala 0.5 por ciento.⁷²

⁷¹ J. Silva Herzog, *Breve historia*, cit., t. 1, p. 138.

⁷² H. J. Harter, *op. cit.*, p. 161.

Morelos tenía una extensión de 491 000 hectáreas. Menos del 1% eran cultivables y pertenecían a 41 haciendas y ranchos con una superficie total de 22 249 hectáreas. A ello hay que agregar 68 terrenos privados con menos de 100 hectáreas y una superficie total de 2 100. De 28 000 familias que constituían alrededor del 78% de la población total del estado, sólo 140 eran propietarias.⁷³

Una exigua parte de la población de Morelos arrendaba pequeñas parcelas; otra buscaba trabajo en la cercana capital o en las empresas textiles de Puebla. Pero la mayoría de los aldeanos trabajaban como peones en las haciendas azucareras. Morelos era el principal centro azucarero de México y aproximadamente en 1910 se había creado una industria que en lo fundamental dependía de las grandes haciendas. Como el trabajo que requiere la recolección del azúcar tiene un carácter estacional, a los latifundistas resultaba lucrativo hacer contratos por muy corto plazo a sus trabajadores. Debido a eso, la población no vivía dentro de las haciendas sino en las aldeas comunales.⁷⁴ De este modo, la población de Morelos pudo concentrarse en puntos de residencia donde conservaban sus tradiciones. Los habitantes de los pueblos habían perdido sus tierras, pero no su sentido de propiedad. Sin embargo, éste no era un sentido individual pues la tierra que una vez tuvieron había sido explotada de modo colectivo en las comunidades agrícolas denominadas ejidos. Por otra parte, la experiencia les había enseñado que, para defenderse de los latifundistas, no podían hacer nada individualmente. Por esas razones, las instituciones tradicionales no desaparecieron con la expropiación de la tierra; por el contrario, se vieron reforzadas. Así, la idea de la comunidad, aun desprovista de su base material, no estaba extinta.

Es interesante destacar que una de las instituciones públicas que más vigencia tenía era el consejo de ancianos. A través de los ancianos, los grupos campesinos se negaban a romper con el pasado. Gracias a esos ancianos, el pasado permanecía en el presente.

La aldea de Anenecuilco era una de tantas en Morelos. Sin embargo, el día 12 de septiembre de 1909 comenzaron a ocurrir allí cosas extrañas. Por ejemplo, ese día los ancianos convocaron a una asamblea general. Todos los habitantes sabían que esa asamblea iba a ser muy importante, pero nadie lo decía. Para que los capataces de las haciendas no se enteraran, se había evitado sonar las campanas como era costumbre, y el aviso se pasaba de boca en boca. La asamblea es-

⁷³ *Ibid.*, p. 162.

⁷⁴ *Ibidem.*

taba formada por todos los hombres cabezas de familia y por casi todos los hombres adultos solteros.⁷⁵

Insólitamente, al comenzar la asamblea, los ancianos presentaron su renuncia. Pero mucho más insólito fue que ese hecho, realmente extraordinario, haya sido aceptado sin ninguna protesta, como si se tratara de simple rutina. Luego se procedió a la elección de un representante. De los tres candidatos, uno ganó con suma facilidad: Emiliano Zapata. Luego, los habitantes se retiraron a sus casas sin hacer comentarios, pero ya todos sabían que ese día algo había cambiado en Anenecuilco, y quizá para siempre. Algunos, en la intensa oscuridad de la noche, ya afilaban sus machetes.

¿Qué había pasado en Anenecuilco? Desde hacía algunos días visitaban la aldea políticos encorbatados hablando de "democracia", "libertad" y otras cosas extrañas. Los astutos ancianos captaron de inmediato que había llegado el momento en que los campesinos debían exigir el cumplimiento de sus reivindicaciones más antiguas; sobre todo, la devolución de sus tierras. De tal modo, cuando los campesinos eligieron a Emiliano Zapata como representante, no había necesidad de explicaciones. La revolución había llegado a Anenecuilco.

¿Quién era Emiliano Zapata? Aunque no se sabe bien la fecha de su nacimiento, el día que Zapata fue elegido por la asamblea tenía 30 años. Su familia era una de las más antiguas del distrito. Zapata era propietario de algunas hectáreas de tierra y por lo tanto no era un campesino pobre. Precisamente para defender su pequeña propiedad, había tenido siempre una actitud beligerante respecto a las autoridades locales, lo que era reconocido como una virtud en aquel mundo donde los hombres parecían haber perdido hasta la voz. Desde joven Zapata había tenido problemas con la policía y con apenas 17 años tuvo que abandonar la aldea y vivir escondido algún tiempo. Los jóvenes de la aldea lo reconocían como su caudillo natural, y permanentemente era elegido en las delegaciones que se formaban para convensar con las autoridades.⁷⁶ Su prestigio personal trascendía a Anenecuilco y, según se dice, "era el mejor domador de caballos y se peleaban sus servicios".⁷⁷ En un ambiente de grandes bebedores, bebía muy poco. Duro como una piedra, hablaba sólo lo necesario, y a veces más con su profunda mirada que con su voz. "Aunque los días de fiesta se vistiese de punta en blanco

⁷⁵ John Womack jr., *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1979, p. 2.

⁷⁶ Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata*, México, Etnos, 1943, p. 52.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 172.

y cabalgase por la aldea y por el pueblo cercano de Villa de Ayala en su caballo con silla plateada, la gente nunca dudó de que siguiese siendo uno de los suyos."⁷⁸ Fueron esas condiciones las que lo llevaron a convertirse en un caudillo, regional primero, nacional después.

A los habitantes de Morelos no parecían interesarles demasado las proclamas políticas de los maderistas visitantes. Sólo algo les hacía brillar los ojos: el artículo 3 del Plan de San Luis. Eso no lo entendían muy bien los maderistas, que en sus planes militares asignaban a Morelos un lugar secundario y estrictamente subordinado a lo que se decidiera en las grandes ciudades cercanas. Dos factores fueron los que aceleraron el levantamiento en Morelos. Primero fue el éxito obtenido por la dictadura al desarticular las conexiones entre los maderistas y los campesinos, capturando a los encargados del "ala sureña de la revolución".⁷⁹ El segundo, la terrible represión que se desencadenó sobre la ciudad de Puebla. Por lo demás, los hacendados de Morelos estaban contratando huestes y armándose hasta los dientes. A los aldeanos no les quedaba, pues, más opción que recurrir a su propia iniciativa.

Precisamente el día 14 de febrero de 1911, justo cuando Madero regresaba a México, los dirigentes locales de Morelos se reunían en Cuauhtla. Ese era también el día de los tres viernes de la cuaresma, de modo que la sublevación fue decidida "entre las delicias del jaripeo, entre el cantar desafiante de los gallos listos para la pelea, en medio de la algarabía del palenque y entre las copas servidas en la cantina".⁸⁰ Desde allí partió un destacamento hacia Villa de Ayala donde, después de haber sido desarmada la policía por medio de una acción relámpago, el político maderista Pablo Torres Burgos leyó por primera vez en público (en Morelos) el Plan de San Luis; terminó su discurso con vivas a la revolución y mueras al gobierno, consignas que fueron cambiadas rápidamente por el grito de "¡Abajo haciendas, viva pueblos!".⁸¹

Desde las distintas aldeas y municipios iba constituyéndose una aguerrida cabalgata que enfilaba hacia el sur, a lo largo del río Cuauhtla, a la que se sumaban contingentes rebeldes de las rancherías y pueblos. El jefe oficial del levantamiento era Torres Burgos, pero era ya a Zapata a quien los campe-

⁷⁸ J. Womack, *op. cit.*, p. 5.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 67.

⁸⁰ General Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, vol. 1, México, Editorial Ruta, 1934, p. 109 [edición en 5 vols.].

⁸¹ J. Womack, *op. cit.*, p. 74.

sinos obedecían, reconociendo en él al jefe militar más adecuado.⁸² Después de algunas infortunadas rencillas con tropas del gobierno, en una de las cuales pereció Torres Burgos, los "coroneles" o jefes locales nombraron definitivamente a Zapata "Jefe Supremo del Ejército Revolucionario del Sur". Hacía mediados de abril ya Zapata ejercía soberanía entre Puebla y Guerrero, manteniendo además buenas relaciones con los destacamentos dirigidos por Genovevo de la O que operaba por el oeste y sur de Cuernavaca. Con otros jefes locales, como los cuatro hermanos Figueroa, de Huizucoc, tuvo Zapata que disputar largamente la hegemonía. Los maderistas, en cualquier caso, decidieron reconocer a Zapata como jefe principal. Para afirmar sus propias opciones políticas, los maderistas precisaban de la revolución agraria del sur. Con lo que seguramente no contaban era que las aguas de esa revolución tenían cauces propios, y que éstos no eran, de ningún modo, los del maderismo.

El norte

En el norte, en cambio, la revolución tomaría características muy distintas.

La primera diferencia deriva de la extrema heterogeneidad social del movimiento que allí se desencadenó. Por de pronto, gran parte de la población del norte no estaba concentrada en pueblos sino que vivía dispersa en el interior de las haciendas. Las tradiciones agraristas no tenían gran significación y las principales reivindicaciones no eran de propiedad, sino que se dirigían más bien a la obtención de espacios y mejores condiciones de trabajo. Una parte de esa población trabajaba en la ganadería.

Dada la abundancia de mano de obra existente y la baja productividad agraria de la zona, determinada por la concentración extrema de la propiedad y la no muy buena calidad de las tierras, los límites entre los vaqueros y los bandidos que asolaban la región eran muy ténues. En centros agrarios como La Laguna se había formado además una capa relativamente extensa de arrendatarios y semiarrendatarios, que por lo general vivían agrupados en los mal llamados "pueblos libres", situados a veces en el mismo corazón de las haciendas.⁸³

⁸² Adolfo Gilly, "The Mexican revolution", Theford, Norfolk, Massachusetts, 1938, p. 69. Acerca del tema, véase Robert P. Millon, *Zapata, the ideology of a peasant revolutionary*, Nueva York, 1976, pp. 86-87.

⁸³ Barry Carr, "Las peculiaridades del norte mexicano", en *His-*

Otro grupo poblacional estaba constituido por los mineros de Chihuahua, Coahuila y Sonora, pero no era extraño que entre la minería y la ganadería existiese rotación de oficios. Igualmente, en virtud del desarrollo relativo de la industria, muchos trabajadores rurales pasaban a convertirse en obreros fabriles. Cierta desarrollo urbano determinó además la aparición de una suerte de pequeña burguesía comercial y de sectores medios profesionales. De este modo, la revolución en el norte no tendría un carácter puramente agrario como en el sur, lo que se reflejaría en los propios caudillos, cuyas características principales serían su radicalismo político, un nacionalismo antinorteamericano que lindaba en la xenofobia, el anticlericalismo y una especie de "oportunismo altamente creativo".⁸⁴ El reclutamiento de tropas no tendría lugar así con base en programas, sino por medio de relaciones de adhesión o de clientela.

Menos que por la tierra, los fieros guerreros del norte lucharían por una buena paga y para muchos de ellos la pelea no sería medio para conseguir un objetivo determinado, sino un simple medio de subsistencia como cualquier otro. Miles de desesperados, andrajosos, bandoleros y vagabundos, en fin todo un submundo semiagrario y semiurbano surgió a consecuencia del desarrollo del capitalismo dependiente, se enrolaría en los ejércitos de la revolución. Por lo menos allí tenían asegurada la alimentación, más los botines que podían resultar después de los asaltos a las haciendas de los porfiristas. Como por lo común los soldados no obedecían más que a sus jefes inmediatos, aparecieron además caudillos que no sólo combatían al porfirismo, sino también a sus competidores. Al no estar arraigados a ningún territorio, los destacamentos del norte disponían de una gran movilidad y podían trasladarse de una región a otra sin grandes inconvenientes. Esa movilidad era también política, y podían cambiar sus lealtades con una rapidez sorprendente. Mérito indudable de ese gran caudillo llamado Pancho Villa fue haber sabido siempre mantener la cohesión de sus ejércitos.⁸⁵ Los ejércitos del norte poseían además una ventaja estratégica respecto a los del sur, contaban con un *hinterland* geográfico que les servía de apoyo logístico: Estados Unidos, desde donde recibieron los más modernos armamentos.

loria Mexicana, vol. XII, julio de 1972-junio de 1973. México, El Colegio de México, 1973, p. 324.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 321.

⁸⁵ Adolfo Gilly defiende la tesis, a nuestro juicio un tanto esquemática, de que la División del Norte representa la forma militar del poder de las masas campesinas, en tanto que el zapatismo representaría su forma social. A. Gilly, *op. cit.*, p. 111.

Francisco Villa, en muchos sentidos un genio militar y político, fue sin duda el jefe más destacado de los ejércitos del norte. Su verdadero nombre era Doroteo Arango. El nombre de combate elegido era ya una leyenda, pues había pertenecido antes a varios bandidos famosos.⁸⁶ De acuerdo también con la leyenda, Pancho Villa se convirtió desde muy joven en bandolero porque mató a un hacendado que había violado a su hermana, aunque algunos que le conocieron afirman que lo mató como consecuencia de una clásica rencilla de "machos".⁸⁷ No fue casualidad que el grueso de sus contingentes los reclutara Villa en Chihuahua, pues ahí primaban quizá las relaciones sociales más injustas de todo México, y los vaqueros vivían en su mayoría con un pie fuera de la ley. A éstos la revolución les daría la oportunidad de seguir practicando la violencia, pero esta vez gozando de reconocimiento político y recompensas materiales. Así fue naciendo la legendaria División del Norte, al mando de ese jefe carismático extremadamente generoso con sus amigos, extremadamente cruel con sus enemigos, abstemio en un mundo de formidables bebedores, no fumador, y empedernido y violento enamorado.⁸⁸

"Villa —escribió John Reed— tuvo que inventar en el campo de batalla un método completamente original para luchar, ya que nunca había tenido oportunidad de aprender algo sobre la estrategia militar formalmente aceptada. Por ello es, sin duda, el más grande de los jefes que ha tenido México. Su sistema de pelear es asombrosamente parecido al de Napoleón. Sigilo, rapidez de movimiento, adaptación de sus planes al carácter del terreno y de sus soldados rasos, creación entre sus enemigos de una supersticiosa creencia en la invencibilidad de su ejército y en que la vida misma de Villa tiene una especie de talismán que lo hace inmortal."⁸⁹

Ese "estratega natural" era adorado por sus seguidores,⁹⁰ pero no porque representara antiguas tradiciones, que en el norte habían sido destruidas para siempre, sino porque les ofrecía un nuevo presente. Por lo mismo, las ideas de Villa no se proyectaban a la restitución de ningún orden, sino a

⁸⁶ Uno de esos bandidos había muerto poco tiempo atrás y pertenecía a la famosa banda de los Parra. Véase William Weber Johnson, *México heroico*, Barcelona, 1976, p. 187.

⁸⁷ John Reed, *México insurgente*, La Habana, Ediciones Vencemos, 1965, p. 98.

⁸⁸ Ernst Otto Schuster, *Pancho Villa's shadow*, Nueva York, 1947, p. 131. Véase además Humberto García Rivas, *Breve historia*, cit., p. 75.

⁸⁹ J. Reed, *op. cit.*, p. 117.

⁹⁰ "Pancho Villa and the revolutionist", Nueva York, 1976, p. 73.

la promesa de nuevas condiciones de vida. Así se explica que sus ideales oscilaran de una cínica posición mercenaria a sueños igualitarios realmente grandiosos. En uno de sus momentos idealistas, confesaba Villa a John Reed: "Cuando se establezca la Nueva República, no habrá más ejército en México. Los ejércitos son los más grandes apoyos de las tiranías. No puede haber dictadura sin su ejército. Serán establecidas en toda la República colonias militares formadas por veteranos de la revolución. El Estado les dará posesión de tierras agrícolas y creará grandes empresas industriales para darles trabajo. Laborarán tres días de la semana y lo harán duro, porque el trabajo honrado es más importante que el pelear y sólo el trabajo así produce buenos ciudadanos."⁹¹

Y aquel terrible general del pueblo agregaba: "Creo que desearía que el gobierno estableciera una fábrica para curtir cueros, donde pudiéramos hacer buenas sillas y frenos, porque sé cómo hacerlos: el resto del tiempo desearía trabajar en mi pequeña granja, criando ganado y sembrando maíz. Sería magnífico, ayudar a hacer de México un lugar feliz."⁹²

En materia agraria, Villa era más bien un individualista, y sus reformas no iban más allá de las simples reparticiones de terrenos entre los soldados meritorios, algo que por supuesto no podía entender el otro jefe popular, Emiliano Zapata.

Pero cuando Madero decidió recurrir a los servicios de Zapata en el sur y de Villa en el norte no se dio cuenta, con toda seguridad, del incendio que estaba provocando.

EL FIN DEL PORFIRIATO

Madero podía ser cualquier cosa, menos un incendiario. En 1910 sólo le interesaba concitar la alianza social más amplia posible a fin de aislar a la dictadura. Y en ese sentido, hay que reconocerlo, Madero logró su objetivo, pues llegó a unir en un solo frente a los más pobres de México con oligarcas y porfiristas arrepentidos. Sin embargo, la mayor virtud de ese frente, su amplitud, iba a ser su mayor defecto a la hora de constituir un gobierno, pues ni el talento político más grande —y Madero no lo era— podía estar en condiciones de satisfacer, al mismo tiempo, las demandas de las masas agrarias

⁹¹ J. Reed, *op. cit.*, p. 121.

⁹² *Ibid.*, p. 121.

y las de los hacendados. Madero estaba así, desde un principio, condenado a encarnar una figura trágica. Quizá la más trágica de todas.

Antes de que Madero regresara a México, la situación podía definirse como insurreccional. Los levantamientos armados habían comenzado en 1908 en Coahuila. En Palomas y Chihuahua, Enrique Flores Magón agitaba la insurrección urbana. En junio de 1910 hubo acciones armadas en la población de Valladolid y en el estado de Sinaloa, pero sin duda los alzamientos más importantes fueron los de Morelos en el sur y los de Chihuahua en el norte, donde la acción de los pequeños grupos de Pascual Orozco, José de la Luz Blanco y Francisco Villa desempeñaban un papel determinante. Siguiendo esos ejemplos, pronto comenzaron a aparecer movimientos insurgentes a lo largo y ancho del país. De este modo, cuando Madero regresó no tuvo más que ponerse a la cabeza de múltiples destacamentos que, al menos simbólicamente, ya lo habían designado jefe.

Por cierto, había también sectores antiporfiristas que no obedecían la dirección de Madero, tratando de ofrecer alternativas más radicales. Tal ocurrió por ejemplo con aquella "brigada internacionalista" formada principalmente por mexicanos y norteamericanos, que al mando de los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón pretendió invadir California desde el norte. Aunque los magonistas tuvieron algún éxito con la toma de Tijuana, sus posiciones extremas no les permitían constituir un contrapeso respecto al imponente movimiento maderista. El magonismo, como expresión de la radicalización de los sectores medios, era un fenómeno periférico a la revolución misma, aunque era también, al fin y al cabo, un producto de ésta.

Aprovechando el momento, algunos movimientos sociales aplastados por el porfirismo levantaron cabeza articulándose con el proceso revolucionario. El movimiento de resistencia indígena, por ejemplo, experimentó una verdadera resurrección. En Yucatán el levantamiento fue iniciado por los indios mayos. Igualmente, los heroicos yaquis, al recibir la promesa de devolución de las comunidades usurpadas, rápidamente se plegaron a las tropas de Madero. Incluso algunos sectores obreros, captando que en el marco de la lucha antidictatorial se abrían espacios para hacer valer sus exigencias, también se sumaron a las movilizaciones. El año 1910 está signado por una verdadera ola de huelgas, destacando las que tenían lugar en Veracruz, Puebla, Pachuca y Orizaba. El corresponsal del periódico *Philadelphia Record* escribía el 23 de noviembre que cerca de 10 000 obreros de las principales zonas industriales del país se habían sublevado en contra del gobierno. El 22 de

noviembre hubo enfrentamientos de obreros con el ejército en las ciudades de Orizaba, Río Blanco, Nogales y Santa Rosa.⁹³

Completando un cuadro clásico de situación insurreccional, las calles eran ocupadas por estudiantes. El 8 de noviembre, a consecuencia del asesinato de un mexicano en Estados Unidos, surgieron protestas estudiantiles de tipo nacionalista, las que en el ambiente de la lucha contra Díaz tomaron rápidamente un carácter antidictatorial. En las calles de Ciudad Juárez, Toluca, Puebla, San Luis Potosí y Guadalajara hubo violentas protestas estudiantiles.

Hacia fines de 1910, el porfirato sólo podía controlar la situación con medios represivos. Los campesinos del sur, los indígenas, las guerrillas del norte, fábricas paralizadas, estudiantes en la calle, etc., todo esto era demasiado como para que el edificio de la dictadura no se agrietara. Y la primera grieta se dio justo donde se creía que estaba el fundamento más sólido: en el ejército. La tropa, "integrada por consignación y leva, combatió forzada y sin ideales, además de hallarse resentida por la explotación de los oficiales subalternos".⁹⁴

Frente al peligro de la hecatombe, los círculos porfiristas, de por sí muy divididos, terminaron por formar bandos irreconciliables. De un lado, los porfiristas más fanáticos, los representantes de las altas jerarquías eclesiásticas, la casta militar y la aristocracia latifundista, todos cerrando filas alrededor de Díaz. En el otro lado estaban aquellos que ya dudaban de la capacidad del tirano para mantener el orden, duda que se convirtió en desconfianza al tomar noticia de que a algunos círculos de Estados Unidos el anciano Díaz les parecía demasiado ligado a las "clases ociosas" y a intereses europeos. En esas condiciones, apoyar a un dictador aislado nacional e internacionalmente no parecía ser el mejor de los negocios. Y por si faltaran pruebas del poco interés norteamericano por apoyar a Díaz, bastaba recordar que los esfuerzos del dictador por repatriar a Madero habían fracasado estrepitosamente. Todos estos signos fueron muy bien captados por el hábil Limantour, quien a su regreso de Europa decidió tomar contacto por su cuenta con los maderistas. Igualmente, en diversas ciudades norteamericanas tuvieron lugar encuentros entre maderistas y porfiristas disidentes.⁹⁵

⁹³ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 114.

⁹⁴ Berta Ulloa, "La lucha armada 1911-1920", en D. Cosío Villenas (coord.), *Historia general de México*, tomo IV, México, El Colegio de México, 1976, p. 6.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 9.

El propio Díaz, a última hora, intentó salvar algo del naufragio y mandó llamar al general Bernardo Reyes, desterrado en Europa, para que se hiciese cargo de la defensa del gobierno. Incluso, reconociendo su derrota, intentó transar con Madero. Esa fue su última jugada. El 8 de mayo de 1911, las tropas del norte comandadas por Pascual Orozco, Pancho Villa, José de la Luz Blanco y el italiano José Garibaldi atacaron sorpresivamente Ciudad Juárez, donde se selló la derrota del régimen. Allí Madero asumió la jefatura de un gobierno provisional. La capitulación del régimen se consumó en esa misma ciudad cuando maderistas y porfiristas firmaron, el 21 de mayo, un acuerdo en donde se acordó la renuncia del dictador y su envío al exilio. Obligado por los propios porfiristas, el 25 de mayo renunció el dictador. En esos momentos se presentó una situación paradójica que anunciaba por sí sola las debilidades internas del futuro gobierno. Mientras en las filas porfiristas había un acuerdo casi unánime en criticar a Díaz, en las del maderismo existía una tendencia, encabezada por el propio Madero —y ésta es la paradoja mayor—, que no consideraba necesaria la renuncia del dictador. Al final se impusieron las posiciones representadas por Emilio Vázquez Gómez quien a su vez se había opuesto anteriormente a ocupar Ciudad Juárez por temor a las represalias de Estados Unidos. La mexicana era ya una formidable revolución social dirigida por hombres tímidos. Expresión de esa timidez fue la presidencia provisional asumida por el porfirista Francisco León de la Barra, inaugurándose un breve período de gobierno "inquieto y peligroso",⁸⁶ en el que los porfiristas, aprovechando la buena voluntad de Madero, intentaron salvar sus posiciones, lo que en gran medida consiguieron.

El 7 de mayo, Madero hizo su entrada triunfal en la ciudad de México. Fue recibido por el pueblo como un mesías redentor. Aunque también, escondidos entre la multitud, estaban los maderistas del último momento, aparentemente los más fanáticos, pero dispuestos a volver las espaldas cuando las circunstancias fueran desfavorables. De pronto, como por milagro o arte de magia, el militar, el sacerdote, el periódico reaccionario y el capitalista extranjero se volvían maderistas. Madero estaba demasiado feliz como para diferenciar los diversos maderismos y descubrir cómo en su propio nombre era dibujado, sigilosamente, el siniestro signo de la contrarrevolución.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 13.

EL PELIGROSO INTERINATO

En el interinato de León de la Barra se produjo una situación que podríamos caracterizar como de poder compartido. Por una parte, el gobierno provisional, que no era sino un porfirismo bajo nuevas formas y en cuyo torno era reconstruido el bloque tradicional de dominación. Por otra, el poder de la revolución, mal representado por Madero, pues el caudillo había decidido por cuenta propia que la revolución había terminado.

Como era de esperarse, De la Barra mostró un celo extraordinario por apresurar el desarme de las tropas revolucionarias, algo que por lo demás había sido acordado en el Tratado de Ciudad Juárez. "No hay que tratar con bandidos" era su consigna, queriendo significar con ello que la política era materia sólo para "gente decente".⁸⁷ Desarmar a las tropas contratadas por Madero no era difícil; difícil era hacerlo con las bandadas que luchaban por adhesión personal a algún caudillo, como las de Pancho Villa o Pascual Orozco, pues las armas constituían el fundamento del poder de cada una de ellas, no sólo frente a los porfiristas sino también entre ellas. Aun menos que las tropas del norte, los aguerridos campesinos del sur no estaban dispuestos a entregar sus armas, pues ellos no las habían usado para servir a Madero sino para ver cumplidas sus antiguas reivindicaciones. Ante estas circunstancias, Madero, en lugar de ser el dirigente revolucionario que se esperaba, se comportaba como simple agente de relaciones públicas entre el neoporfirismo representado por De la Barra y los sectores revolucionarios. Pocas veces alguien ha dilapidado a manos llenas un capital político tan grande.

Madero, sin embargo, estuvo a punto de lograr la entrega de armas de parte de los zapatistas, que por entonces todavía lo respetaban,⁸⁸ y si ello no tuvo lugar fue debido a los ataques de que fueron objeto por parte del general Huerta, quien ostensiblemente buscaba el enfrentamiento militar. Madero se mostraba así como un inepto frente a los porfiristas y casi como un traidor frente a los zapatistas. Más éxito tuvo Madero con los indios yaquis al firmar un tratado mediante el cual el gobierno se comprometía a restituirles los terrenos

⁸⁷ Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. 1, p. 248.

⁸⁸ Ch. C. Cumberland, *op. cit.*, pp. 180-181; véase también Arturo Langley Ramirez, *Huerta contra Zapata: una campaña desigual*, México, UNAM, 1984, p. 22.

usurpados, ayudarlos financieramente y construir escuelas y servicios. La repatriación de los yaquis deportados a Yucatán quedó como asunto pendiente.

Como si los problemas en el interior del maderismo fueran pocos, el mismo Madero se encargó de aumentarlos al decidir autoritariamente la disolución del Partido Antirreleccionista a fin de que fuera remplazado por otro que se llamara "Partido Constitucional Progresista". Tal procedimiento estuvo a punto de producir la escisión del maderismo antes de alcanzar el gobierno. En el gobierno interino crecían además las desavenencias entre el presidente y el secretario de gobierno, Emilio Vázquez Gómez, representante de la tendencia de izquierda del maderismo. De la Barra exigió la renuncia de Vázquez Gómez, y Madero, siempre condescendiente, la aprobó. Los partidarios de Emilio Vázquez Gómez reaccionaron nombrando presidente del Partido Antirreleccionista a su hermano Francisco. De este modo, Madero llegaría al gobierno como representante de un partido que ya no lo seguía.

En las condiciones descritas, los miembros del antiguo régimen recobraban sus bríos. En junio de 1911 regresa al país el general Bernardo Reyes y es recibido por los porfiristas como un salvador. Lo único que impidió que las condiciones fueran todavía peores para Madero fue que las divisiones políticas no alcanzaron a desaparecer totalmente en los bandos porfiristas. Así, se formaban diversos partidos. Unos, como el Partido Liberal Radical y el Partido Popular Evolucionista apoyaban una posible candidatura de De la Barra. Otros, como el Partido Católico, captando la debilidad de Madero, sugerían una fórmula intermedia: Madero presidente, De la Barra vicepresidente. Los reyesistas apoyaban naturalmente a su general, que presentó su candidatura después de haber prometido no hacerlo jamás. El Partido Liberal Nacional — surgido de una ruptura con el Liberal Mexicano — se oponía a Reyes. Naturalmente, el artificial Partido Constitucional Progresista eligió a Madero como candidato. Finalmente, y como resultado de largas discusiones y muchos compromisos, todos los sectores que habían participado en la revolución se decidieron por la fórmula: Madero presidente y José María Pino Suárez — un conservador poco conocido — vicepresidente. Como era de esperarse, las elecciones que tuvieron lugar entre el 10 y el 15 de octubre consagraron el triunfo de Madero.

Muchos maderistas creían quizá que el negro periodo del infortunio quedaba atrás y que a partir de las elecciones la revolución continuaría su rumbo, parcialmente interrumpido. Pocos percibían, a la hora del triunfo, que el interinato sólo había sido la antesala de un periodo todavía más negro.

UN GOBIERNO CONTRA EL MUNDO

El gobierno de Madero estaba situado entre todos los fuegos. Por un lado, una contrarrevolución que cada día se organizaba mejor, y por otro una revolución que se atomizaba en múltiples fracciones. De nada le valió a Madero mostrar su buena voluntad al incorporar a algunos conservadores en aquel "gabinete de composición heteróclita", según la despectiva expresión de Vera Estañol.⁹⁰ Al contrario, tales hechos fueron interpretados como signos de debilidad. Pero, sin duda, el máximo error de Madero fue haber dejado intacto el principal reducto de los porfiristas: el ejército. Con sus vacilaciones, Madero sólo lograba que los jefes revolucionarios que alguna vez lo apoyaron, como Zapata, comenzaran a abandonar.

Los revolucionarios del sur nunca habían sido en verdad maderistas. Eran zapatistas, es decir, agraristas, y no habían luchado por otra cosa que por el derecho a la tierra. Incluso un parlamentario conservador, Francisco M. de Olaguibel, al afirmar que el del sur "más que político, es ya un movimiento social",⁹¹ se había dado cuenta, antes que Madero, de lo que representaba Zapata. Por esas razones, cuando los zapatistas advirtieron que los compromisos contratados por Madero con los sectores porfiristas les impedirían cumplir sus promesas, simplemente decidieron continuar la obra que tenían comenzada, pero de manera independiente. El apoyo que Madero otorgó al gobernador del estado de Morelos, Ambrosio Figueroa, enemigo a muerte de Zapata, no hizo más que acelerar la ruptura. El 25 de noviembre de 1811, los campesinos del sur se declararon oficialmente en estado de rebelión, reconociendo como jefe a Pascual Orozco (quien por entonces disienta de Madero)⁹² o, en su defecto, a Emiliano Zapata.

El reconocimiento a Orozco muestra la intención de los agraristas de no aislarse de otras alas populares de la revolución. Expresión política de la ruptura con Madero fue el Plan de Ayala, redactado por el maestro rural Otilio Montaño. En lo referente a cuestiones agrarias, el Plan de Ayala complementaba el Plan de San Luis en los siguientes términos: "[...] los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia vengal; entrarán en posesión de esos bienes inmuebles, desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos corres-

⁹⁰ J. Vera Estañol, *op. cit.*, p. 242.

⁹¹ Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. II, p. 37.

pondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance con las armas en las manos la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellas la deducirán ante los tribunales que se establezcan al triunfo de la revolución".¹⁰¹

Para un observador foráneo tales palabras no pasaban quizá de ser una declaración retórica. Para los campesinos del sur eran, sin embargo, una razón por la que valía la pena dar la vida.¹⁰²

Madero, siempre dispuesto a hacer concesiones a los porfiristas, intentó contestar al desafío del sur con la represión militar. Nunca, ni siquiera en los peores momentos del porfirismo, fue ejercida una mayor violencia en contra de los campesinos. Al mando del general Juvenio Robles, las tropas del ejército incendiaron pueblos enteros, como el de Santa María, y cientos de campesinos, incluyendo a mujeres y niños, fueron despiadadamente masacrados. Mediante el sistema denominado de "recolonización" sacaban de sus pueblos a los pacíficos pobladores y los llevaban a campos de concentración con el objetivo de secar las fuentes de supervivencia de las guerrillas zapatistas.¹⁰³ Después de tales experiencias, nunca sería posible convencer a los campesinos del sur de que Madero no era un traidor. La de Madero no podría ser más la revolución de Zapata, y viceversa. De este modo, después, cuando Madero intentó cumplir sus planes agrarios, no contaría con el apoyo de los campesinos: había corrido demasiada sangre.

En marzo de 1912, Pascual Orozco fue enviado por Madero para que junto con los guardias rurales, sofocaran otra rebelión, la de Emilio Vázquez Gómez. Pero Orozco decidió levantarse en armas encabezando una rebelión que tuvo su asiento entre Sonora y Coahuila. Como producto de la rebelión de Orozco surgió el llamado Plan de la Empacadora, en donde se encuentran algunos planteamientos relativos a temas sociales, y otros abiertamente pronorteamericanos.¹⁰⁴ Inne- gablemente, en la redacción del documento se dejan ver las manos de los liberales magonistas. Las proposiciones más importantes de dicho plan son las que se refieren a la nacionalización de los ferrocarriles, a la jornada máxima de 10 horas para los asalariados y de 12 para el trabajo a destajo,

¹⁰¹ Manuel González Ramírez, *Fuentes para la historia de la revolución mexicana*, vol. 1: *Planes políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 80 [edic. en 4 vols., 1954-1957].

¹⁰² Véase A. Gilly, *op. cit.*, p. 79.

¹⁰³ J. Womack, *op. cit.*, p. 135.

¹⁰⁴ Ch. Curtis Cumberland, *op. cit.*, p. 193.

a la supresión de las tiendas de raya y a la prohibición del trabajo para los menores de edad. En materia agraria se reconocía la propiedad de la tierra a quienes la hubiesen poseído pacíficamente por más de veinte años y tuvieran títulos legales revalidados: además, reivindicando la devolución de las tierras despojadas, postulaba la expropiación de las grandes haciendas.

La rebelión de Orozco fue sofocada por las tropas gubernistas que comandaba Victoriano Huerta. Pese a la claridad de su programa, los rebeldes no estuvieron en condiciones de ganar el apoyo de otros caudillos del norte, como Pancho Villa, quien combatió junto al ejército oficial. Después de la rebelión de Orozco, Madero otorgó mayor confianza al ejército y cedió a sus presiones para licenciar las tropas revolucionarias. El mismo Villa estuvo a punto de ser fusilado por Huerta, salvándose sólo por la oportuna intervención de Madero.

La de Zapata y la de Orozco fueron sólo las rebeliones más significativas. Desde muchos flancos, el poder de Madero comenzaba a ser desconocido. Incluso frente a la tardanza de Madero para repartir las tierras, los propios yaquis transportados a Yucatán se declararon en estado de rebelión y cerca de 20 mil indígenas procedieron a ocupar haciendas, reparando cosechas y ganado entre peones y aparceros.¹⁰⁵ Por lo demás, ya durante el interinato, grupos sociales disidentes habían proclamado su autonomía, dictándose entre otros los planes de Texcoco (23 de agosto de 1911) y de Tacubaya (31 de octubre de 1911), influidos por la izquierda del partido liberal.

Irónicamente, mientras más se aislaba de aquellos grupos sociales que lo apoyaron originariamente, más quedaba Madero a merced de los sectores contrarrevolucionarios, quienes por más garantías que recibiesen seguían viendo en el presidente un enemigo mortal.

Sin embargo, hay que reconocer que, pese a todas sus vacilaciones, el gobierno de Madero abrió algunos espacios para que determinados sectores sociales pudieran movilizarse en función de reivindicaciones inmediatas. El movimiento obrero, por ejemplo, se incorporó a las gestas que en muchos otros países se libraban por la jornada de ocho horas. Como consecuencia de tales movilizaciones, fue fundada la Casa del Obrero Mundial (julio de 1912) y la Confederación de Obreros Católicos (febrero de 1912). La primera, de neta orientación anarquista, articuló la oposición obrera contra Madero. La segunda, inspirada en la encíclica *Rerum Novarum*, se proyec-

¹⁰⁵ B. Ulloa, *op. cit.*, p. 29.

tó en una orientación mutualista y, hacia enero de 1913, contaba con más de 30 mil afiliados. Gracias a los propios espacios abiertos por el gobierno, aumentó notablemente el número de huelgas. En enero de 1912 había, por ejemplo, más de 40 mil obreros en huelga.

A menos de un año de gobierno, Madero estaba casi aislado. Sus promesas y declaraciones aludían sólo a la superficie de una revolución social muy profunda que él no podía ni quería entender. Sus alocuciones relativas a la libertad política no eran, a su vez, captadas por un pueblo que padecía miseria, explotación y hambre. Aquel diminuto mandatario con voz de falsete, en sus imposibles afanes de querer conciliarlo todo, se convertiría muy rápido en un personaje casi ridículo.¹⁰⁸

LA CONTRARREVOLUCIÓN MILITAR

Mientras la prensa reaccionaria disparaba todos los días dardos envenenados contra el presidente, los antiguos porfiristas comenzaban a reagruparse y elaboraban una estrategia que debía culminar en el derrocamiento de Madero. Dicha estrategia pasaba por diversas fases. La primera caracterizada por una suerte de guerra política de desgaste, en la que objetivamente se combinaban las torpezas de Madero y la deslealtad de sus colaboradores más inmediatos. Una segunda fase fue la ocupación de los múltiples espacios vacíos que dejaba el gobierno. Hacia 1912, Madero, que llegó a contar con el apoyo decidido de la mayoría del pueblo, no tenía más apoyo real que el de un ejército (que no era el suyo) y sobre el que no ejercía ninguna autoridad. La tercera fase está signada por la confabulación. Debido a que la oposición carecía de un partido único, las conspiraciones se concentraron en pequeños círculos informales como clubes, asociaciones, periódicos y, sobre todo, en la embajada norteamericana, en la persona de uno de los personajes más siniestros del período: el embajador Henry Lane Wilson. Lane Wilson estaba vinculado al grupo financiero Speyer & Co., al Kuhn Loeb Co. y, a través de éstos, a la Felps Dodge Co. Green Cananea Cooper Co.,¹⁰⁹ desaprobaba la política interior de Madero, sobre todo en lo que tenía que ver con el desarrollo de libertades sindicales que objetivamente atectaban los intereses de empre-

sas norteamericanas.¹⁰⁸ De este modo, Wilson entregaba todo tipo de información tendenciosa a su gobierno, instándolo a intervenir bajo pretexto de defender la vida de los ciudadanos norteamericanos que vivían en México.¹⁰⁹ Pese a que por lo menos aparentemente el presidente Taft era contrario a intervenir en México, Wilson logró, gracias a sus maquinaciones, que el 11 de febrero de 1912 fueran situados cuatro buques de guerra norteamericanos frente a puertos mexicanos, al mismo tiempo que hacía difundir su opinión en el sentido de que sólo la renuncia de Madero podría impedir una invasión norteamericana. En la embajada de Estados Unidos se reunían los enemigos de Madero, entre ellos el general Victoriano Huerta, que todos los días juraba a Madero su lealtad.¹¹⁰ Las conspiraciones en la embajada tenían como objetivo principal preparar la cuarta fase de esa estrategia destinada a poner fin al gobierno de Madero: la del ensayo general.

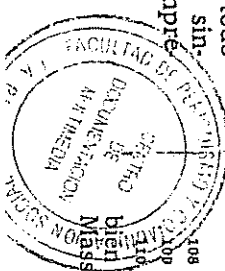
En realidad, el primer ensayo golpista había ocurrido al comienzo del gobierno de Madero, el 13 de diciembre de 1911, en un frustrado intento del general Reyes. Pero el veterano militar había calculado mal el tiempo y el lugar. El tiempo, porque Madero estaba en el apogeo de su gloria; el lugar, porque eligió Texas como punto de operaciones sin tomar en cuenta que en esos días Madero contaba con las simpatías de Estados Unidos. Abandonado por sus propios seguidores, Reyes no tuvo más alternativa que dar marcha atrás, y si se salvó de ser fusilado fue gracias a la bondad de Madero —bondad que por lo demás nunca tuvo con los campesinos de Zapata. El segundo ensayo tendría lugar el 16 de octubre de 1912, cuando el general Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, sublevó a dos regimientos y se apoderó de Veracruz. El golpe definitivo falló sólo porque Félix Díaz no pudo coordinarse a tiempo con otros militares golpistas que actuaban en la capital. Nuevamente la bondad de Madero se hizo presente y tampoco fue fusilado.

La verdadera puesta en escena del golpe tuvo lugar el 9 de febrero y se originó con la sublevación de la Escuela Militar de Aspirantes de Talpan. Al mismo tiempo, en rápidas acciones, los golpistas Reyes (que moriría en las acciones) y Díaz eran liberados en Tacubaya. Gracias a la lealtad del general Lauro Villar, las tropas constitucionalistas pu-

¹⁰⁸ F. Katz, *op. cit.*, p. 186.

¹⁰⁹ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 72.

¹¹⁰ Ch. Curtis Cumberland, *op. cit.*, pp. 200, 242 y 243. Véase también Howard F. T. Cline, *The United States and Mexico*, Cambridge, Massachusetts, 1965, pp. 130-132.



dieron imponerse, Madero, al saber que Villar estaba herido, lo sustituyó por Huerta, que ya había entrado en contacto con Félix Díaz y, aparentando defender al gobierno, no vacilaba en enviar a la muerte a algunos de sus soldados. El 11 de febrero, Díaz y Huerta firmaron un convenio donde desconocían la autoridad de Madero, acordándose que Huerta fuese nombrado presidente de un gabinete compuesto por representantes de las fracciones "reyistas" y "felicitistas". Lane Wilson también desconoció a Madero afirmando cínicamente en una reunión de embajadores: "no podemos dirigirnos al gobierno porque no hay gobierno".¹¹¹ Poco después, Madero y Pino Suárez eran hechos prisioneros y en la mañana del 19 de febrero obligados a renunciar. En la noche del 22 al 23 de febrero fueron vilmente asesinados.

REALINEACIÓN DE FUERZAS DURANTE LA DICTADURA DE HUERTA

Si quienes llevaron a Huerta al poder quisieron imponer una segunda versión del porfirismo, se equivocaron profundamente. Díaz había llegado al poder en nombre de una revolución liberal. Huerta llegaba al poder en nombre de una contrarrevolución que chorreaba sangre por todos lados y que era consecuencia de las más oscuras maquinaciones. La ola de asesinatos de maderistas (incluyendo miembros de la familia Madero) y de revolucionarios seguiría a lo largo de todo el periodo dictatorial, provocando indignación en la opinión pública de muchos países. Incluso Huerta, como persona, era muy distinto a Díaz. El antiguo dictador había llegado a adquirir la imagen de un severo patriarca, respetado por la propia aristocracia. En cambio Huerta, de marcado origen plebeyo, nunca fue aceptado en los círculos "escogidos".¹¹² Además el momento elegido por Huerta para hacerse del poder no podía ser peor, tanto desde un punto de vista económico como político internacional.

La crisis económica que amenazaba explotar durante el gobierno de Madero, explotó con el de Huerta. Sólo la deuda contraída por los gobiernos de De la Barra y Madero con la Speyer and Co. sumaba 40 millones de pesos. La deuda externa era también inmensa. "La lamentable situación del país provocó la desconfianza, el oro desapareció de la circulación y los bancos empezaron por suspender los pagos en ese me-

¹¹¹ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 183.

¹¹² Jean Meyer, *op. cit.*, p. 44.

tal y luego en pesos y moneda fraccionaria de plata."¹¹³ Expresión de esa crisis fue la devaluación del peso. De 49.55 centavos de dólar durante los últimos días de Madero cayó, en agosto de 1914, a 25.50.

Pero incluso la crisis económica habría desempeñado un papel secundario si Huerta hubiese contado con el apoyo de Estados Unidos. Pero tampoco el dictador tuvo esa suerte. Con la elección del presidente Woodrow Wilson, ese país atraía vesaba por uno de esos raros periodos en los que el garrote tiene menos importancia que la diplomacia en la política internacional. La instauración de democracias parlamentarias en los países de América Latina contaba con el visto bueno de Washington. Una dictadura sangrienta, precisamente en el país vecino, era una piedra en el ojo del flamante presidente, máxime cuando la prensa de su país no se cansaba de revelar todos los días el escandaloso comportamiento que le había correspondido al embajador Lane Wilson durante el gobierno de Madero. Así, Woodrow Wilson tomaría la lucha contra Huerta —el "asesino", como acostumbraba nombrarlo— casi como un asunto personal. La respuesta huertista, de intensificar las relaciones diplomáticas con Alemania, no hizo sino empeorar las cosas. Que el kaiser Guillermo II felicitara a Huerta calificándolo de "bravo soldado que salvaría al país mediante la espada", o que el Deutsche Bank y el Dresdner Bank otorgaran jugosos créditos a la dictadura, no eran hechos que incitaran a los norteamericanos a aplaudir.¹¹⁴

En las circunstancias descritas, la de Huerta, más que asemejarse a la de Díaz, se parecía mucho a ese tipo de dictaduras pretorianas que, incapaces de representar los intereses de los propios grupos que las llevan al poder, se autonomizan relativamente respecto a ellos y empiezan a funcionar de acuerdo con la simple dinámica del terror. Como suele ocurrir en esas dictaduras, el poder termina identificándose con la persona del dictador, pues éste procede a neutralizar a todos aquellos que puedan cuestionarlo.

Por supuesto, al comienzo los porfiristas creyeron que los buenos tiempos volvían y se preparaban para un largo periodo de dominación. "Bustos y retratos de don Porfirio, retirados durante el gobierno de Madero, fueron vueltos a colocar en el Palacio Nacional y en otros edificios públicos, así como en los hogares de los ricos y de los piadosos."¹¹⁵ También algunos miembros de los sectores medios creían que Huerta, con el apoyo del ejército, y si se olvidaban sus crímenes,

¹¹³ Berta Ulloa, *op. cit.*, p. 44.

¹¹⁴ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 192; F. Katz, *op. cit.*, p. 264.

¹¹⁵ W. Weber Johnson, *op. cit.*, p. 159.

podía convertirse en el "factor de orden" necesario después de los tormentosos días vividos. Muchos ex maderistas, y hasta algunos futuros revolucionarios, fueron por un momento "hueristas". Incluso "los trabajadores de la capital no se opusieron abiertamente al nuevo gobierno. Las relaciones entre la Casa del Obrero Mundial y el gobierno huertista durante los primeros meses fueron tensas pero no se caracterizaron por una beligerancia hostil".¹¹⁶ El mismo Huerta entendía que no podía gobernar con base en la simple represión y que, si quería ampliar su popularidad, debía realizar algunas concesiones. Como no era estúpido, sabía que el "talón de Aquiles" tanto de la dictadura de Díaz como del gobierno de Madero había sido la cuestión agraria. ¿Cómo podía cumplir tales reivindicaciones sin lesionar su alianza con los sectores latifundistas que lo habían llevado al poder?, ésta era una duda que evidentemente no tenía respuesta. Finalmente eligió el camino de tratar por separado con los distintos caudillos agrarios, sobre todo con Orozco y Zapata.

Con Orozco tuvo éxito. El hombre que se había rebelado contra Díaz y Madero y que parecía potenciarse como el máximo caudillo militar y político de toda la revolución demostró ser, junto a su consejero, Emilio Yáñez Gómez, un pequeño oportunista, al someterse con cuatro mil hombres a los dictados de Huerta.

Con Zapata, en cambio, el dictador se equivocó rotundamente, pese a que las ofertas hechas al caudillo no dejaban de ser atrayentes: resolución de la cuestión agraria, amnistía para todos los zapatistas y para Zapata, nada menos que el puesto de Inspector General de Morelos. Algunos jefes del sur viajaron y hasta Otilio Montaño, redactor del Plan de Ayala, se manifestó dispuesto a negociar. Incluso Huerta intentó ganar a Zapata haciendo uso de la mediación del padre de Pascual Orozco. Como para que no cupieran dudas, la respuesta de Zapata fue tajante y cruel: hizo fusilar al padre de Orozco, que por cierto actuaba no sólo como mediador sino también como espía. Los razonamientos de Zapata eran, como siempre, muy sencillos: si un arreglo no pudo ser posible con Madero ¿por qué iba a serlo con un representante de ese ejército que masacraba constantemente a los habitantes de Morelos y que llegaba al poder apoyado por los latifundistas?

Las experiencias de los revolucionarios del sur habían sido muy duras. Para ellos nunca había existido la paz. Los cambios de gobierno no habían sido sino episodios; sólo los hombres eran otros; el enemigo seguía siendo el mismo. Además,

¹¹⁶ B. Carr, *op. cit.*, p. 56.

sus posiciones militares eran sólidas. Pese a las increíbles crueldades del ejército, habían sido capaces de obtener cuantiosas victorias gracias a sus singulares métodos de lucha. Ni los incendios en los pueblos, ni las deportaciones en masa, ni las más espeluznantes masacres podían con esa gente que, al recibir una simple señal, de pacíficos trabajadores cañeros se transformaban en los más valientes soldados, a veces sin más armas que sus machetes, pero siempre contando con el hechizante influjo de la virgen de Guadalupe. Los propios enemigos de los zapatistas reconocían, oficialmente, su impotencia. Por ejemplo, en un informe rendido por el secretario Manuel Calero a la Cámara de Diputados, el 27 de octubre de 1911, se puede leer: "Las fuerzas de línea de nuestro nunca bastante elogiado ejército regular no pueden operar ya eficazmente porque no encuentran —hablo del estado de Morelos— fuerzas organizadas que combatir."¹¹⁷

En sus territorios liberados, los campesinos habían reestructurado sus antiguas relaciones sociales. Incluso algunas comunidades agrarias fueron perfeccionadas gracias a la capacidad organizativa de Manuel Palafox, un extraño socialista utópico. Así, los ejércitos debían luchar no sólo contra otro ejército sino contra un pueblo, cuya cabeza visible era Zapata a quien los corridos populares ya cantaban "en los tres puntos del sur sí lo quieren con lealtad porque les da justicia, paz, progreso y libertad".¹¹⁸

¿Qué ganaba Zapata pactando con un personaje manchado de sangre, aislado internacionalmente y tan desprestigiado en el terreno político como era Huerta? Esa reflexión debe haber determinado su tajante respuesta a las proposiciones de Orozco: "La Revolución del Sur no puede soportar el estigma de la traición a sus ideales; continuará la lucha contra los incendiarios de pueblos, contra los que no han respetado vidas ni propiedades; contra los verdugos de hombres, mujeres, ancianos y niños; contra los violadores del derecho ajenos; contra los enemigos del progreso y del bienestar de la República; y que están dispuestos a hacer la paz, no sólo en Morelos sino en toda la República, pero normada dentro de los principios que han defendido, no bajo la férula del poder pretorio."¹¹⁹

En breve: Zapata comprendió que la única estrategia posible para su movimiento era la de preservar su independencia y, a partir de ahí, relacionarse con los múltiples sectores

¹¹⁷ Gildardo Magaña, *op. cit.*, tomo II, p. 43.

¹¹⁸ J. Womack, *op. cit.*, p. 170.

¹¹⁹ Porfirio Palacios, *Emiliano Zapata: datos históricos-biográficos*, México, 1960, p. 103.

antihuertistas que comenzaban a aparecer en el país, como por ejemplo el carrancismo.

EL LEVANTAMIENTO DE CARRANZA

Sí, el carrancismo. Así como contra Díaz pudo Madero convertirse en el epicentro de una nación, en la revolución contra Huerta ese lugar sería ocupado, desde el comienzo, por Venustiano Carranza. Carranza no escribió ningún libro, pero sí llamó la atención del país con un gesto desafiante: desde su Coahuila fue el primer y único gobernador que desconoció la legitimidad del gobierno de Huerta, y después de reclutar un pequeño ejército "se fue al campo de batalla en una verdadera forma medieval".¹²⁰ Pero Carranza no era, como veremos, ningún Don Quijote, y en ese momento sabía muy bien lo que hacía.

En efecto, pocos disponían de mejores condiciones políticas para oponerse a Huerta como Carranza. Por de pronto, provenía de la antigua clase dirigente y era un latifundista acomodado; porfirista durante don Porfirio, maderista durante Madero, representaba antes que nada la continuidad histórica. Había colaborado lealmente con Madero en la fundación del Partido Democrático y llegó a ser Secretario de Guerra en el gobierno alternativo de Ciudad Juárez. Como bien lo retrataba Carleton Beals, "representaba al caballeresco tipo del campo, un pequeño grupo en extinción de dignos conservadores y demócratas poseedores de la tierra".¹²¹ El mismo hecho de desconocer la legalidad de Huerta, antes de combatirlo, lo retrató como un constitucionalista. En efecto, Carranza fue visto por muchos como una versión mejorada de Madero, pues poseía la personalidad fuerte que le faltaba a su antecesor. Esa "figura serena, patriarcal y autocrática" era la más indicada para unir la idea de la tradición con la de la rebelión. Sin ser amado por sus huestes, como Villa o Zapata, se perfiló como un caudillo nacional más que local y a diferencia de los dos grandes jefes populares demostró ser capaz de coordinar intereses contrapuestos y articulados en función de objetivos militares y políticos muy precisos, incluyendo el tan necesario apoyo internacional. Aunque

¹²⁰ J. Reed, *op. cit.*, p. 211.

¹²¹ Carleton Beals, *Mexico, an interpretation*, Nueva York, 1923, p. 123.

¹²² W. Weber Johnson, *op. cit.*, p. 170.

las clases locales nunca lo reconocieron plenamente, las clases "nacionales" (empresarios, sectores medios y trabajadores) le dieron siempre su apoyo. En síntesis, su título de Primer Jefe lo ganó cronológica y políticamente.

Quizá no hay mejor ejemplo del estilo político de Carranza que el texto de su primer programa, el Plan de Guadalupe, dado a conocer el 26 de marzo de 1913 y que, a diferencia de los planes revolucionarios anteriores, no se refiere en absoluto a cuestiones sociales. Estas, según Carranza, debían resolverse después del derrocamiento de Huerta. Era bastante sincero cuando en un discurso decía: "El Plan de Guadalupe es un llamado patriótico a todas las clases sociales, sin ofertas y sin demandas al mejor postor. Pero sepa el pueblo de México que, terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar, formidable y majestuosa, la lucha social [...]".¹²³ Independientemente de que la lucha social ya había comenzado en México mucho tiempo antes, y sin permiso de Carranza, lo cierto es que este último tuvo éxito en su propuesta pragmática unitaria. También debemos decir que, sin prometer el paraíso, como lo hizo Madero, durante su gobierno se realizarían muchas más reformas sociales que durante el gobierno de éste.

La ausencia de una plataforma social programática, por cierto, causaría también algunos problemas, pues los soldados reclutados no estaban dispuestos a luchar por nada. Villa, por ejemplo, hizo caso omiso de las disposiciones de Carranza y se dedicó, alegremente, a repartir tierras entre sus hombres. Conminado por Carranza a devolver las tierras a sus antiguos propietarios, respondió: "Eso es imposible, por mucho que lo quiera el señor Carranza. Devolver la tierra [...] significaría quitársela a las viudas de los hombres que perdieron su vida en defensa de la revolución."¹²⁴ Así, las reparticiones de tierras continuaron haciéndose informalmente. Según se tiene noticia, la primera de ellas fue la que ordenó el General Lucio Blanco, en agosto de 1913, en la hacienda de Borrey, propiedad de Félix Díaz. Para los zapatistas, a su vez, "la revolución constitucionalista, teniendo por bandera el Plan de Guadalupe, sólo era un incidente en el momento nacional, por lo que debía considerarse supeditada al Plan de Ayala".¹²⁵ Ni Carranza podía evitar que la revolución dejara de ser lo que era: una revolución social.

¹²³ J. Silva Herzog, *Breve historia...*, cit., t. II, p. 53.

¹²⁴ W. Weber Johnson, *op. cit.*, p. 202.

¹²⁵ Emilio Portes Gil, *Historia vivida de la revolución mexicana*, México, 1976, pp. 126-127.

LA INSURRECCIÓN

En términos generales puede afirmarse que en torno a Carranza se recompuso muy rápidamente el bloque social-militar que había hecho posible la revolución de Madero. Pero había una diferencia entre ambos procesos: el de Carranza, aunque programáticamente era menos radical, por su composición social era más avanzado. Debido a la radicalidad social del nuevo movimiento, el fin de la dictadura de Huerta debía significar también el fin de la antigua "élite política". En el sentido expuesto, se hace difícil referirse al carrancismo como a un solo movimiento. Desde luego, el de Madero también había sido más plural que singular, pero no hay que olvidar que el presidente asesinado llegó a ser un símbolo de masas, lo que no puede afirmarse de Carranza. La sublevarción anti-huertista nos parece, por el contrario, algo así como una confederación de movimientos; un verdadero carrusel de rebeliones. El zapatismo, por ejemplo, nunca estuvo subordinado a Carranza. Combatió por su cuenta conservando siempre su autonomía y estructura interna. De ahí también que, cuando pasaba el periodo insurgente, los diversos movimientos se desarticulaban entre sí, pues cada uno de ellos, en el marco de una misma revolución, perseguía objetivos distintos. Podría pensarse que bajo la ficción de una "historia nacional" cada uno de ellos tenía una "historia" propia.

Sin duda, los principales apoyos sociales los encontró Carranza en el noreste y norte del país. En el noreste, gracias al ejército que se formó a su alrededor y a la colaboración de ese excelente militar y después mejor político que fue Alvaro Obregón. En el norte, desde Chihuahua, avanzaba Villa y su legendaria división. Las diferencias que pronto surgían entre las fracciones carrancistas y villistas se debieron a las diferentes orientaciones que cada caudillo representaba. Como ya hemos expuesto, Carranza buscaba perfilarse como figura de integración nacional y no estaba dispuesto a acelerar ningún proceso antes de lograr los consensos mínimos. Villa, en cambio, se debía a su gente y, por lo tanto, sus ideales políticos correspondían con los de las alas más populares del movimiento. De ahí que Carranza y Villa sólo pudieran entenderse en el terreno militar; en el político nunca fue posible.

Las hazañas militares de ésta la segunda insurrección correrían a cuenta de Zapata y Villa. En 1914, los zapatistas se adueñaron de Iguala y Chilpancingo. Asimismo, en 1914, Villa llegó a apoderarse de todo el estado de Chihuahua, ob-

teniendo la batalla decisiva de Torreón. Con éxitos menos espectaculares, las tropas de Obregón iban creando sus propias bases en Sonora y Sinaloa. Otros generales como Pablo González y Eulalio Gutiérrez también obtenían victorias importantes.

Así, al comenzar el mes de mayo de 1914, Huerta había sido vencido en el norte y en el sur.

LAS AGRESIONES DEL BUEN VECINO

La situación internacional fue otro de los factores decisivos en el derribamiento de la dictadura de Huerta, sobre todo por las pésimas relaciones establecidas entre México y el nuevo gobierno norteamericano.

El cambio de la política norteamericana hacia América Latina, en el sentido de otorgar menos respaldo a las dictaduras tradicionales, surgía del convencimiento de muchos inversionistas de que, en aquellos países en los que era necesario realizar inversiones a largo plazo, debían existir mínimas condiciones de estabilidad política, algo que, por su puesto, Huerta no estaba en condiciones de garantizar en México. Hostilizado desde Estados Unidos, Huerta intentó intensificar las relaciones con países europeos, especialmente con Alemania, lo que, en las condiciones determinadas por la primera guerra mundial, no podía ser visto en Estados Unidos sino como un peligro para su propia seguridad nacional.¹²⁶

Había además otra razón que aconsejaba a Wilson intervenir en los asuntos mexicanos, y ésta no era otra que la imprevisión que podía resultar de la revolución en marcha. En una carta de 1913 dirigida a un representante británico, escribía Wilson: "[...] el gobierno de Estados Unidos pre-tende no sólo echar a Huerta del poder sino también ejercer todo tipo de influencia para garantizar que México tenga un mejor gobierno, bajo el cual sean más seguros de lo que han sido todos los contratos y concesiones de negocios."¹²⁷

Después de un breve periodo de amenazas, Wilson pasaría a los hechos mandando una expedición de marines a invadir Veracruz el 22 de octubre de 1914. El pretexto utilizado para la invasión no podía ser más absurdo: impedir que el barco

¹²⁶ F. Katz, *op. cit.*, pp. 268-271.

¹²⁷ Citado por Ramón Martínez Escamilla, *La revolución derrotada*, México, Edamex, 1977, p. 88.

alemán "Ipiranga" desembarcara armas para el gobierno, rompiendo el bloqueo impuesto por Estados Unidos.

La invasión de Veracruz reposaba sobre un supuesto muy falso: que las tropas norteamericanas serían recibidas por los mexicanos como un verdadero ejército de liberación. Sin embargo, cuando los 6 000 infantes enviados chocaron con la resistencia no sólo de los cadetes navales, sino con la de la población de Veracruz, el señor Wilson dejó de entender el mundo. El tradicional sentimiento antinorteamericano de los mexicanos afloró en toda su magnitud. Periódicos como *El Imparcial*, *El Independiente* y *La Patria* competían con sus titulares nacionalistas¹²⁸ y una ola de indignación recorría al país. Por supuesto, Huerta creyó que había llegado el momento de afirmar sus posiciones jugando la carta nacionalista. Por lo demás era ésta la última oportunidad que tenía para afianzarse en el gobierno.¹²⁹ Pero ni el curioso proyecto de "imperialismo moral e intervención" de Wilson ni el intento de Huerta por fortalecer sus posiciones presentándose como adalid del nacionalismo fructificarían, debido a la correcta política que en esos momentos levantó Carranza.¹³⁰

En efecto, Carranza, que ya había establecido un gobierno paralelo en Sonora, rechazó, en contra de lo esperado por Wilson, categóricamente la intervención norteamericana. Incluso Alvaro Obregón llegó a proponer que los constitucionalistas declararan la guerra a Estados Unidos.¹³¹ De este modo, Carranza canalizaba el naciente nacionalismo hacia el lado de la revolución. Paradójicamente, Villa adoptó una actitud conciliadora hacia Estados Unidos. Quizás esperaba beneficiarse con una posible ruptura entre ese país y Carranza.¹³²

Evidentemente, Wilson se había metido en un lío con su intervención en México y para salir de él tuvo que solicitar la mediación de Argentina, Brasil y Chile. En la Conferencia del Niagara Falls (mayo de 1914) se reunieron personeros norteamericanos con delegaciones huertistas y carrancistas. A pesar de las enormes diferencias que separaban a estas últimas, estaban ambas de acuerdo en rechazar la invasión de Veracruz.

¹²⁸ Robert E. Quirk, *An affair of honor*, Nueva York, 1967, p. 107.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 41.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 41.

¹³¹ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 224.

¹³² R. E. Quirk, *op. cit.*, pp. 116-117.

LA REVOLUCIÓN DIVIDIDA

Imposibilitado Huerta para convertirse en el "héroe de la nación", los revolucionarios pudieron seguir obteniendo de moladoras victorias. El dictador, sin más armas llegadas de Estados Unidos, sin más apoyo social, no tenía las fuerzas suficientes para resistir las embestidas finales de los constitucionalistas en junio de 1914. El 23 de junio los huertistas eran derrotados por la legendaria División del Norte dirigida por Villa. A su vez, Alvaro Obregón ocupaba Guadalajara. Los ejércitos de Zapata alcanzaban la capital Huerta no tuvo más alternativa que entregar el poder al secretario de Gobernación Francisco Carbajal y el 14 de julio huyó a Puerto México para, desde ahí, partir a Europa. El 13 de agosto había sido firmado un acuerdo entre federalistas y constitucionalistas según el cual eran suprimidos tanto el gobierno de Huerta como el de Carbajal. El 15 de agosto, Alvaro Obregón hacía su entrada triunfal en la capital. Cinco días después llegaban las divisiones de Carranza.

A diferencia de lo que había ocurrido durante el gobierno de Madero, esta vez los insurgentes ocupaban México como auténticos vencedores. Ya no se trataba de concertar pactos con el enemigo, sino de imponer condiciones. De este modo, una vez que fueron liquidadas las contradicciones con el enemigo principal, éstas se desplazarían al interior de la propia revolución y, después de 1914, comenzaría una encarnizada lucha por el poder.

De hecho ya se conocían los partidos en contienda. El zapatismo en el sur; y en el norte, el carrancismo y el villismo. Como ha sido expuesto, el zapatismo había librado una lucha por cuenta propia pues nunca había estado subordinado a los planes de Carranza. Tampoco aspiraba a un lugar en el poder central y su única exigencia era que se reconociese el Plan de Ayala en todas sus letras. Carranza, sabiendo que una alianza con el sur podía ser necesaria para contrarrestar las pretensiones del villismo, se mostró condescendiente con Zapata. Pero, en ese instante, el movimiento zapatista pasaba por una de sus fases más dogmáticas debido a la influencia que habían alcanzado en su interior las fracciones llamadas "autonomistas" encabezadas por Palafox, lo que hizo imposible un entendimiento político.

En los primeros momentos la lucha quedó librada entre las fracciones carrancistas y las villistas a fin de ocupar un

"vacío de poder", determinado no tanto por la ausencia de poderes como por su sobreabundancia.¹³³

A primera vista llama la atención la violencia extrema con que se combatieron las fracciones mencionadas, sobre todo si se toma en cuenta que en su composición social eran muy similares. Ello, por lo tanto, sólo se puede explicar tomando en cuenta la autonomización relativa del caudillaje militar y las diversas vinculaciones de cada movimiento con el resto de la "sociedad". Cada "poder" militar estaba, en este sentido, estructurado sobre una distinta base geográfica que controlaba una determinada jefatura. Ahora bien, las jefaturas de un Pablo González o de un Alvaro Obregón podían subordinarse a las de un Carranza sobre la base de algunos compromisos. La de Villa no, pues mal que mal su dispositivo de fuerza se había mostrado como más eficaz que los del carrancismo, y el ex bandido se sentía, por lo tanto, con derechos legítimos para aspirar al poder central. Ya Carranza, dándose cuenta de ese peligro, había intentado mezquinamente reducir el poder de Villa durante la guerra ordenándole realizar acciones casi suicidas, o negándole el apoyo logístico.¹³⁴ Igualmente, cada jefe tenía distintos proyectos políticos. Así, Carranza intentaba vincularse a los sectores medios urbanos y a la clase política de la que él mismo formaba parte. Incluso estableció muy buenas relaciones con sectores obreros, los que se organizaron en los "batallones rojos", que en nombre de la revolución fueron usados por Carranza para combatir a Villa. Éste, a su vez, organizaba sus relaciones de una manera más localista estableciendo vínculos con las clases más pobres de la región, adquiriendo así su movimiento un carácter cada vez más plebeyo y radical. De este modo, cuando Zapata se vio obligado a elegir entre esas dos fuerzas, culturalmente tan distintas a las suyas, optó por las de Villa, porque Carranza—ese "viejo cabrón", como lo llamaba—, aun que prometa lo mismo que Villa, estaba todavía marcado por los signos de la clase terrateniente y de la política urbana, industrialista, antiindígena y anticampesina.

Después de la victoria revolucionaria, los choques entre carrancistas y villistas eran el pan de cada día y sólo se pudo llegar a una relativa calma gracias a las mediaciones del general Alvaro Obregón, que como representante del ala "izquierda" del carrancismo añanzaba de paso sus propias posiciones personales. De esa manera, gracias a tales mediaciones, fue suscrito, el 8 de julio de 1914, el Pacto de Torreón, que

¹³³ A. Gilly, *op. cit.*, p. 6.

¹³⁴ Véase Luis Fernando Amaya, *La soberana convención revolucionaria, 1914-1916*, México, Trillas, 1975, p. 24.

en buenas cuentas sólo postergó el a esas alturas inevitable enfrentamiento.

Los representantes de las distintas fracciones revolucionarias acordaron reunirse en una convención que hipotéticamente debería cumplir las funciones de un "órgano supremo de la revolución". Por fin se constituiría el 1 de octubre de 1914 en Aguascalientes. A fin de reorganizar el poder, la convención le retiró a Carranza el título de General en Jefe y a Villa el de General de los Ejércitos del Norte; además invitó a Zapata. Carranza, ante esas condiciones, comprendió que frente a las dos alas populares de la revolución tenía todas las de perder y decidió retirarse de la convención y establecer su cuartel general independiente en Veracruz. Con la retirada de Carranza, los grupos políticos intermedios retiraron su apoyo al eje Villa-Zapata. Desde ese momento, el conflicto quedó planteado entre el convencionalismo dirigido por Villa y el constitucionalismo dirigido por Carranza.¹³⁵ El presidente de la convención, Eulalio Gutiérrez, que en un principio había sido elegido para que mediará entre Carranza y Villa en su condición de ex maderista y ex gobernador de San Luis Potosí, quedó reducido a la calidad de un pelete en las crueles manos de Villa. No siendo posible ninguna mediación, estalló una guerra a muerte, aparentemente sin sentido, entre convencionalistas y constitucionalistas en la que "los trenes eran volados, se fusilaba a los prisioneros sin piedad. La gente se acostumbra a las matanzas, el corazón no se ablandaba ante el horror, y lo macabro era banal".¹³⁶

La alianza con Zapata abría la posibilidad de que Villa, "ese antiguo peón de la hacienda de Río Grande, se erigiera como dictador de todo el país".¹³⁷ Esa alianza tendría lugar en Xochimilco, el 4 de diciembre de 1914. Con ello parecía que la revolución se despojaba de todas sus ataduras conservadoras y aparecía al fin su perfil campesino y popular. Allí, los dos generales del pueblo firmaron un pacto donde se acordó lo siguiente:

1] La División del Norte y el Ejército Libertador del Sur formarían una alianza militar. 2] Villa y la División del Norte aceptarían el Plan de Ayala. 3] Villa abastecería al ejército zapatista con armas y municiones. 4] Ambos jefes se obligaban recíprocamente a luchar, después del triunfo de la revolución, por la elección de un presidente civil.¹³⁸

¹³⁵ *Ibid.*, p. 184.

¹³⁶ J. Meyer, *op. cit.*, p. 57.

¹³⁷ E. O. Schuster, *op. cit.*, p. 161.

¹³⁸ M. González Ramírez, *Fuentes para la historia de la revolución mexicana*, cit., vol. I, p. 122.

Sin embargo, independientemente de la admiración mutua que Villa y Zapata se profesaban, o del carácter popular de ambas fuerzas, había condiciones que hacían imposible tal alianza, tanto del punto de vista militar como del político.

Desde el punto de vista militar, el ejército de Zapata, a diferencia del de Villa, no estaba capacitado para desplazarse fuera de su territorio natural. En realidad, el ejército de Morelos no era más que una "liga armada de las municipalidades del estado. Y cuando volvió la paz, a fines del verano de 1914, la gente de los pueblos volvió a fundar la sociedad local con criterio civilista."¹³⁹ De este modo, Zapata no podía aportar más de lo que había aportado: la liberación del sur.

Conociendo Carranza las limitaciones de los ejércitos del sur, dividió la guerra en dos fases: en la primera, concentraría todas sus fuerzas en la destrucción de las tropas de Villa. En la segunda, arreglaría cuentas con Zapata. Igualmente, Villa comprendió pronto que del sur no podía esperar mucho, de modo que ni siquiera envió las armas que había prometido a Zapata.

Los zapatistas también se dieron cuenta muy pronto de que en materia agraria era muy poco lo que podían esperar de Villa, por la sencilla razón de que el general norteño no entendía nada del problema. Las reformas agrarias de Villa no pasaban de ser reparticiones más o menos arbitrarias de terrenos. Las diferencias que separaban a Villa y Zapata, más que políticas, eran culturales, y eso no podía ser superado por ningún programa conjunto.

También la historia reciente separaba a los dos revolucionarios. Villa había sido siempre leal a Madero y lo recordaba con veneración y Zapata, como ya vimos, tenía buenas razones para considerar a Madero peor que Díaz. Esta manera distinta de leer la misma historia era también una manera distinta de entender el presente, lo que repercutía sobre todo en el tipo de alianzas sociales que se hacía necesario contraer, sobre todo con los sectores de "izquierda" del carrancismo.

Por último, hay que dejar constancia de que hacia el sur habían emigrado algunos intelectuales urbanos anarquistas, y aun marxistas, quienes habían descubierto de pronto a los campesinos y a sus tradiciones colectivistas. El encuentro de tales ideas con las creencias religiosas de los campesinos produjo como resultado una ideología bastante extraña en donde se mezclaba una cerrada desconfianza a todo lo que no era rural, con un culto casi religioso a la persona de Zapata, y con una confianza ilimitada en la invencibilidad de sus ejér-

¹³⁹ J. Womack, *op. cit.*, p. 221.

citos. Místicos como Palafox, que poseía una descomunal capacidad administrativa, o teóricos como el anarquista Antonio Díaz Soto y Gama, se convirtieron en eminencias grises de una política que terminó por no dejar ningún flanco abierto para lograr entendimientos con Villa, con Carranza o con quien fuera. Dirigentes pragmáticos como Gildardo Magaña —a quien como sucesor de Zapata le correspondería la triste tarea de administrar la derrota— ocupaban en ese período un lugar secundario.¹⁴⁰

El astuto Carranza sabía que estaba en inferioridad militar respecto a Villa, pero objetivamente la mayoría del país lo apoyaba. Con ello logró ganar además el apoyo de Estados Unidos, pese a que Villa, gracias a la mediación del agente George Carothers, logró mantener, por lo menos hasta el verano de 1915, buenas relaciones con el país vecino.¹⁴¹ El apoyo norteamericano a Carranza hizo que los sectores pudientes de México decidieran aceptar al caudillo como un mal menor. Si el movimiento de Carranza no se transformó en esas condiciones en contrarrevolucionario, fue gracias a las vinculaciones que mantenía como el "ala jacobina" de Obregón.¹⁴² Fue precisamente Alvaro Obregón quien en la Batalla de Celaya (abril de 1915), que marcaría "el fin de una era de la revolución",¹⁴³ derrotó a Villa completamente. Hacia fines de 1915 Villa era expulsado hasta de Chihuahua, retirándose hacia las montañas, desde donde llevó a cabo espectaculares pero infructuosas excursiones en 1916-1917 y 1918-1919.

Habiendo liquidado la resistencia en el norte, Carranza envió filó hacia el sur. Para el efecto, fue puesto en acción un ejército de más de 40 000 hombres. Nunca, ni aun en los peores momentos vividos durante Díaz y Madero, la crueldad alcanzaría en Morelos grados tan inauditos. Incendios de pueblos, deportaciones en masa, descuartizamiento de cadáveres de inocentes para amedrentar a la población, violaciones de mujeres, etc. eran espectáculos cotidianos. En nombre de la revolución eran ejecutados los más honestos revolucionarios que había tenido México. Y el más honesto de todos, Zapata, fue asesinado por los esbirros de Carranza, víctima de una artera traición, el 10 de abril de 1919. Después de su muerte continuó el más despiadado genocidio. Pero los guerrilleros del sur seguían luchando, hasta el último momento, por su

¹⁴⁰ La desbordante alegría de Villa al encontrarse con Zapata no había sido más que el canto de cisne de la revolución popular. Véase L. F. Amaya, *op. cit.*, p. 182.

¹⁴¹ W. Weber Johnson, *op. cit.*, p. 331.

¹⁴² B. Carr, *op. cit.*, p. 333.

¹⁴³ Robert E. Quirk, *The Mexican revolution, 1914-1915*, Nueva York, 1960, p. 226.

virgen de Guadalupe y por su "Miliano" a quien tanto querían y a quien después llamaban "El Pobrecito". Fue muy tarde, en 1920, cuando Carranza—que había sido desde 1917 elegido presidente del país—comprendió que los del sur no se rendirían hasta ver cumplido el Plan de Ayala, y al fin se decidió a dar curso a sus reivindicaciones.¹⁴⁴ Después de todo, Emiliano Zapata resultaba vencedor.

UN BALANCE

Se ha dicho que la revolución es la madre que devora a sus propios hijos. No sabemos si eso es verdad, pero por lo menos en el caso mexicano lo es. Ni a Zapata, ni a Villa, ni a Carranza, ni a tantos generales, les fue permitido morir de enfermedad. A primera vista la revolución mexicana pareciera ser una cadena interminable de desplazamientos de fuerzas, de oportunismos y hasta de traiciones. Una imagen pesimista se refuerza si consideramos los terribles sufrimientos de los campesinos en una revolución que ha sido caracterizada como agraria. Hay cronistas que incluso afirman que los campesinos del sur, después de sus experiencias con los gobiernos de Madero y Carranza, terminaron añorando los "buenos tiempos" vividos bajo Porfirio Díaz. En el norte, el espectáculo de miles de cadáveres de soldados caídos luchando contra otras bandas revolucionarias, no era más hermoso. Ahora bien, si se piensa en la situación económica que resultó después de la revolución, surge la pregunta acerca de si todo lo ocurrido era verdaderamente necesario. La mayoría de los fondos fiscales fue destinado en México, aun mucho después de la época de grandes enfrentamientos, a solventar los gastos de la guerra. Por cierto, se nos dirá que gracias a la revolución la estructura "feudal" fue herida mortalmente. Sin embargo, no se puede negar que México sigue siendo un país subdesarrollado, ni que el desarrollo de las inversiones y de la industria posterior a la revolución ha profundizado en lugar de solucionar los problemas fundamentales del país.¹⁴⁵ En fin, si a las revoluciones hubiera sólo que medirías por

¹⁴⁴ R. P. Millon, *op. cit.*, p. 131.

¹⁴⁵ Entre otros efectos, el desarrollo de una suerte de industrialismo dependiente provocó "la emigración y aglomeración de la población en las ciudades". Véase Guillermo Zermeño Padilla, "Los marginados y la revolución mexicana", en *Humanidades*, núm. 3, México, 1977, p. 87.

sus saldos cuantitativos, la mexicana no sería sino un gran desastre. Sin embargo, hay aspectos en los procesos sociales que no son necesariamente cuantificables. Quizás, ahora que ha llegado el momento de hacer un balance, valga la pena detenernos en algunos de ellos.

La afirmación de la idea nacional

Uno de esos hechos no cuantificables tiene que ver con el mismo fin del porfirato. Porque el porfirato no era sólo un gobierno: era un Estado. En otras palabras, aquel Estado de tipo patrimonial representado por Díaz terminó definitivamente para ceder el paso a un tipo de Estado que se iba conformando con acuerdo a las nuevas relaciones que hubo de contraer con nuevos sectores sociales, entre los que hay que destacar las clases medias nacientes, un empresariado industrial moderno ligado al exterior y una clase obrera industrial y minera.

Ahora bien, en el México de comienzos de siglo, la reformulación del Estado no podía significar sino la reformulación de la nación. El formidable rechazo a la invasión norteamericana en Veracruz, en 1914, era expresión de un sentido nacional que surgía como consecuencia de la activación de la mayoría de la población. Eso quiere decir que la idea de la nación alcanzaba una expresión sustantiva sólo en relación con las luchas sociales y políticas. Desde luego, todo esto no tendría mayor importancia si México no tuviera un vecino tan poderoso, en contra del cual se hace necesario definir una identidad nacional. Puede decirse en este sentido que Estados Unidos colaboró con Madero en la caída de Díaz y con Carranza en la de Huerta. Pero ni Madero, ni Carranza, ni ningún jefe revolucionario hipotecó sus posiciones a Estados Unidos. Por último, la indesmentible alegría popular con que eran saludadas las "matanzas de gringos" que llevó a cabo el impulsivo Pancho Villa en 1916 en la ciudad de Columbus, y el rechazo general a las expediciones norteamericanas en contra de Díaz, son hechos que habían por sí mismos.

La afirmación de la idea social

En pocas revoluciones los sectores sociales subalternos han estado tan presentes como en la mexicana. En muchos casos incluso estuvieron en condiciones de forzar los acontecimientos, cambiando su curso. Madero, por ejemplo, se vio prácticamente obligado a incorporar las reivindicaciones campe-

sinas en su Plan de San Luis. Igualmente, Carranza tuvo que ceder a las presiones en favor de reformas en la tenencia de la tierra, y Obregón, a fin de asegurar la estabilidad de su gobierno, tuvo que reconstituir los ejidos.¹⁴⁶ Pese a las terribles represiones que debieron sufrir, los campesinos demostraron ser la clase social que tenía mayor conciencia de sus intereses, y por lo tanto la única, sobre todo en el sur, que supo conservar siempre su independencia.

El movimiento obrero también alcanzó un cierto desarrollo político gracias a la revolución. Las incipientes huelgas de comienzos de siglo, aisladas unas de otras y sin perspectivas históricas, se transformaron, en el marco de la lucha antidictatorial contra Díaz y contra Huerta, en excelentes auxiliares políticos. El liberalismo democrático y el anarquismo militante de los Flores Magón contribuyeron al desarrollo político de la clase obrera. Advirtiendo ese nuevo hecho, la Iglesia también intensificó su trabajo entre los obreros y, en 1912, por ejemplo, tuvo lugar un concurrido congreso obrero católico.¹⁴⁷ En esas condiciones, los obreros comenzaron lentamente a desarrollar un discurso de clase propio, cuya máxima expresión organizativa fue la Casa del Obrero Mundial, fundada durante Madero, erradicada durante Huerta y vuelta a fundar y a desaparecer durante Carranza. En su programa planteaba "su profesión de fe sindicalista y declara que su labor se concreta a promover la organización de los trabajadores gremiales".¹⁴⁸ En el marco de la revolución, los obreros no estuvieron casi nunca en condiciones de articular sus intereses con el movimiento campesino. Sus relaciones fueron más bien establecidas con sectores medios y empresariales cuyas posiciones urbanas, anticlericales, anarquistas y masónicas podían entender mucho mejor que las de esos campesinos que, portando el estandarte de la virgen de Guadalupe, pedían la restauración de sus tierras y tradiciones. El espectáculo de los "batallones rojos", obreros disparando contra los campesinos de Villa o Zapata, pertenece sin duda a los episodios más turbios de la revolución.

¹⁴⁶ Debe tenerse en cuenta en todo caso que lo que las leyes denominaban ejido era algo distinto a la institución originaria y en muchas ocasiones se trataba de simples devoluciones de tierra. Véase, por ejemplo, Manuel González Ramírez, *La revolución social de México*, tomo 3: *El problema agrario*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 222.

¹⁴⁷ Roberto Cerda Silva, *El movimiento obrero en México*, México, 1961, p. 11.

¹⁴⁸ Armando List Iturbide, *Cuando el pueblo se puso de pie*, México, 1978, p. 53.

La afirmación de la idea de la libertad

Una verdadera revolución, y sin duda la mexicana lo fue, tiene la particularidad de movilizar no sólo a determinadas clases, sino a la mayoría de la población de un país, incluyendo a sectores cuyo modo de manifestarse y cuyos intereses no son reducibles a una simple determinación clasista. Una verdadera revolución es también un hecho cultural, por lo tanto permite la aparición de nuevas ideas, ideologías, anhelos concretos, culturas enterradas, nuevos intereses, sueños, utopías. Las revoluciones importantes han sido, en consecuencia, momentos históricos que nos muestran el potencial de emancipación que existe en cada sociedad. Y todos esos aspectos, imposibles de cuantificar, fueron producidos también por la revolución mexicana. Alguien dijo que cuando lo imposible se convierte en cotidiano, se vive una revolución. Y en efecto ésa es la impresión que queda cuando se sabe de la multitud diferenciada de actores que actuaron en el drama mexicano: por ejemplo, las mujeres. ¿Podía algo ser más imposible en esa tierra de "machos" y pistolas que la movilización de las mujeres? Pues bien, hasta ese imposible dejó de serlo en la revolución.

Es conocida la alta participación de mujeres en los ejércitos de Zapata, la que por lo demás se explica porque la base social de las comunidades era la familia, en la que todos los miembros y no sólo los hombres debían participar, tanto en el trabajo como en la guerra. También forman ya parte de la leyenda de la revolución los batallones de mujeres o "soldaderas", sobre todo las del norte que, armadas hasta los dientes, se batieron a muerte contra los ejércitos de Huerta. Pero además de los hechos legendarios hay otros, de enorme relevancia, que han pasado inadvertidos para la mayoría de los historiadores. Uno de ellos fue, sin duda, el Primer Congreso Feminista que tuvo lugar el 16 de enero de 1916 en Mérida, Yucatán, probablemente uno de los primeros congresos feministas (y no simplemente de mujeres) del mundo. Las mujeres allí reunidas plantearon sus intereses específicos e independientes. Dada la importancia del hecho, nos permitimos citar a continuación parte de la Convocatoria al Congreso, compilada por Jesús Silva Herzog:

"Considerando: que la historia primitiva de la mujer es contraria al estado social y político que actualmente guarda, pues en el matriarcado, revelación y testimonio de su preponderancia pretérita, estuvo orgullosa de sus derechos [...] que es un error social educar a la mujer para una sociedad que ya no existe, habituándola a que, como en la antigüedad, permanezca recluida en el hogar [...] que el me-

dio más eficaz de conseguir estos ideales, o sea de libertar y educar a la mujer, es concurrendo ella misma con sus energías e iniciativas a reclamar sus derechos [...]"¹⁴⁸

Las resoluciones del congreso no fueron tan radicales como la convocatoria, pero de todos modos hay puntos notables, como el 1: "En todos los centros de cultura de carácter obligatorio o espontáneo, se hará conocer a la mujer la potencia y variedad de sus facultades y la aplicación de las mismas a ocupaciones hasta ahora desempeñadas por el hombre"; o como el 10: "Que se eduque a la mujer intelectualmente para que puedan el hombre y la mujer complementarse en cualquiera dificultad y el hombre encuentre siempre en la mujer un ser igual a él."¹⁴⁹

Sin duda, la iniciativa surgió de un grupo reducido de mujeres y probablemente en la redacción haya más de una mano anarquista, pero no deja de ser sorprendente que estas pioneras del feminismo hayan logrado, en medio del caos de la revolución, hacer escuchar su voz. Que ello no dejó impávidos a los círculos dirigentes nos lo muestra la reacción del porfirista Francisco Bulnes: "El feminismo ha penetrado en México como una fuerza perturbadora auxiliar", escribía aterrado. Y herido en lo más profundo de su identidad machista, agregaba brutalmente las siguientes frases de antología: "Se sabe bien que en los países latinos sólo las mujeres poco atractivas, las viudas desesperadas y las modistas indigentes, cuando son susceptibles a las emociones histéricas, se consagran a la causa social." Por último, revelando la verdadera causa de su terror, escribía: "Estas mujeres reformistas son los generadores de un odio contra la sociedad más peligroso que el de un anarquista social."¹⁵⁰

La lucha feminista es sólo un signo de la liberación de las energías emancipadoras que trajo consigo la revolución. Quizá no hay demostración más evidente de esa energía que la formidable producción cultural y artística que caracterizó a ese proceso. Los murales y pinturas de Rivera, Orozco, Siqueiros y Frida Kahlo, las novelas de Mariano Azuela, o las ideas de los Flores Magón, o las hermosas canciones de la revolución, son testimonios resalantes.

Sobre todo entre los campesinos, la idea de la libertad alcanzó grandes dimensiones, pues esta idea surgió asociada a la recuperación material de su propia identidad usurpada. El Plan de Ayala fue, en ese sentido, la condensación de múltiples aspiraciones bloqueadas por la "modernización" del

¹⁴⁸ J. Silva Herzog, *Breve historia*, cit., tomo II, pp. 233-234.

¹⁴⁹ *Ibid.*, pp. 236-237.

¹⁵⁰ F. Bulnes, *op. cit.*, p. 133.

pais y la consecuente apropiación de los ejidos y propiedades comunales. Para los campesinos e indios, la revolución significó el resurgimiento de una realidad que siempre había estado presente en su subconsciente histórico. La utopía en el estado de Morelos representaba la realización de ideales antiguos correspondientes a aquella "tierra prometida" que existía en el pasado común. Por eso siguieron a Zapata como quien sigue a un nuevo Moisés. Pero la historia de Morelos no era la historia del resto de México. Por tal razón, a los campesinos del sur nadie los entendió: ni Madero, ni Carranza, ni Villa, ni Obregón. Y si Obregón les devolvió sus tierras fue más bien para sacarse un problema de encima. "¿Qué podría significar el Plan de Ayala para los obreros textiles de Puebla, para los esclavizados peones de las haciendas de Guanajuato, para los peones de las haciendas henequeneras de Yucatán, para los mineros de Sonora?"¹⁵² De este modo, la guerra en el sur sería una guerra del pasado contra el presente. Los esclarecidos revolucionarios del norte nunca supieron qué hacer con esos campesinos vestidos de blanco que creían en Dios y la Virgen, que odiaban los ferrocarriles, que se asustaban frente a las ciudades y sus luces de neón y que sólo deseaban la paz de sus pueblos, en cuyos días de sol, apenas el vuelo de las moscas rasgaba el silencio imperturbable de los tiempos.

Qué ironía: sin ésa, la revolución de los despreciados, la otra, la gran revolución, nunca habría sido posible.

ALGUNAS CONCLUSIONES

El punto de partida de la revolución mexicana hay que buscarlo en las contradicciones que se daban en el interior del bloque dominante representado por la dictadura de Porfirio Díaz. Tales contradicciones, a su vez, fueron aceleradas por la violenta irrupción de capitales extranjeros que tuvo lugar a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Estos, al alterar las relaciones de producción establecidas, dieron origen a un sector modernizante dependiente del exterior (representado en parte por el grupo de los "científicos") que intentó romper la hegemonía de los sectores tradicionales de la minería y de la agricultura de exportación. En otras palabras, la contradicción inicial de la sociedad mexicana era la que existía

¹⁵² Donald Hodges y Ross Gandy, *El destino de la revolución mexicana*, México, 1977, p. 47.

entre el orden poscolonial y las nuevas relaciones capitalistas surgidas de la mayor integración del país al mercado mundial.

La oposición política a la dictadura de Díaz se situó, pues, en el marco de las contradicciones señaladas, pero ya en la primera década del siglo xx éstas lograron vincularse además con las reivindicaciones de los sectores medios emergentes y de la incipiente clase obrera. La incapacidad de la dictadura para automodernizarse hizo obligado para la oposición política plantearse su derrocamiento, que por lo menos militarmente no era posible sin recurrir a las masas indígenas y campesinas. Ello obligaba tomar en cuenta las reivindicaciones más antiguas de esas masas, entre ellas la devolución de las tierras comunales usurpadas y la restauración de los ejidos.

Con la incorporación de las masas agrarias, la revolución dejaría de ser un fenómeno puramente político para transformarse en otro, principalmente social. De este modo tendría lugar un punto de encuentro entre las movilizaciones políticas y democráticas urbanas y las rebeliones indígenas y campesinas tradicionales.

La causa principal del fracaso del presidente Madero debe buscarse en su proyecto de mantener subordinada a la revolución social agraria dentro de los límites planteados por la revolución política urbana, algo que después de desatada la insurrección no podía ser posible.

La revolución agraria tampoco fue un proceso homogéneo, ni en el espacio, ni en el tiempo. En el sur correspondió con la posibilidad de cumplimiento de las antiguas reivindicaciones indígenas y campesinas, y su expresión más nítida fue el zapatismo. En el norte, en cambio, surgió un movimiento social cuya dimensión popular predominaba por sobre las puramente agrarias. En los ejércitos del norte, particularmente en los de Pancho Villa, fue reclutada una población indócil y errática, cuyas relaciones de producción habían sido ya destruidas para siempre. Paralelamente, la revolución del norte articuló intereses provenientes de los obreros mineros y textiles y de las capas medias urbanas.

Madero primero y Carranza después mostrarían una incapacidad para articular desde el Estado a distintas rebeliones con distintos intereses, y por lo tanto con distintos objetivos. Sus gobiernos fueron la expresión dramática de una situación en donde la clase dominante ya no podía gobernar y las clases populares todavía no podían.

El intento de Victoriano Huerta por restaurar el porfirismo fracasó rotundamente, pues para ello no existían ni las condiciones materiales ni las políticas. En lugar de una reedición del antiguo régimen, sólo pudo surgir una dictadura pre-

riana desprovista de base social y, por lo mismo, internacionalmente aislada. Carranza, en cambio, estuvo en condiciones de restaurar el movimiento maderista originario integrando pragmáticamente los diferentes movimientos rebeldes y revolucionarios del país, aunque sólo en el plano militar.

En el sentido expuesto se hace necesario diferenciar dos momentos en la revolución: los momentos movimentistas y los del poder. Como movimiento, la revolución poseyó siempre una gran capacidad de integración social; pero como expresión del poder estatal sólo pudo imponerse amputando sus dos alas populares, la del sur y la del norte. El gobierno de Obregón lograría salvar algunos restos de la revolución al establecer, desde el centro político, una relación de compromiso inestable con las fracciones plebeyas del proceso, resolviendo a algunas de sus reivindicaciones más sostenidas.

La revolución mexicana pertenece a ese largo catálogo de procesos históricos que podríamos denominar revoluciones inconclusas. A través de esa revolución, el sistema patriarcal de poder representado en el porfirismo fue herido de muerte, al mismo tiempo que las clases latifundistas eran reducidas a su mínima expresión económica y política. Los campesinos e indígenas del sur recuperaron al menos parte de sus antiguas tierras y ejidos, aunque a un precio terrible: el holocausto de miles y miles de personas. La clase obrera dio un salto cualitativo en su desarrollo sindical y político. La idea de la soberanía popular, apoyada en las aspiraciones concretas de los sectores populares, salió fortalecida y un influjo emancipador avasallante se manifestó sobre todo en el terreno de las artes y de la cultura. Pero, sin duda, los grandes vencedores de la revolución fueron algunas fracciones de las capas medias y un sector de empresarios modernizantes quienes, apropiándose del Estado, lo convirtieron en el aparato gestor de un capitalismo industrialista, extremadamente dependiente y destructivo.

Por último, la revolución permitiría que en México se crearan las condiciones para el desarrollo de una continuidad histórica que no en todos los países de América Latina ha sido posible. El hecho de que después de muchos años de haber terminado, tantos políticos de ese país sigan nombrando a la revolución en tiempo presente, es una prueba de ello. Incluso, parece inconcebible que los movimientos sociales del futuro puedan desarrollarse sin tomar como referencia, positiva o negativa, la revolución iniciada en 1910. Sin esa referencia, nada será posible en México.